

La Ilustración Artística

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

AÑO XIII

BARCELONA 9 DE ABRIL DE 1894

NÚM. 641

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto. - *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. - *La ópera de Puccini «Manón Lescaut»*, por X. - *Piso tercero por alquilar*, por Juan Buscón. - *Metales de transición*, por José Rodríguez Mourelo. - *Nuestros grabados.* - *Hechizo peligroso* (continuación). - SECCIÓN CIENTÍFICA: *El carruaje eléctrico de José Carli.* - *Aplicación de la antisepsia al empleo del método hipodérmico.* - *Luis Kossuth.*

Grabados. - *La dueña de la quinta*, cuadro de Francisco Masriera. - *Santander. La segunda explosión del «Cabo Machichaco»* - *Santiago Puccini.* - *Escena del minué y muerte de Manón*, en la ópera de Puccini *Manón Lescaut*, dibujo de G. Amato. - *El eminente poeta catalán D. Angel Guimerá.* - *Contrastes de la vida*, cuadro de G. Mantegazza. - *La Fe conduciendo á la inmortalidad las víctimas del deber*, escultura de Agustín Querol. - *En la casa de orates*, cuadro de Attanasio. - *Luis Kossuth á la edad de 35 años, á la de 50 y á la época de su muerte.* - *Coche eléctrico de M. J. Carli.* - Figs. 1, 2, 3 y 4. *Aplicación de la antisepsia al empleo del método hipodérmico.* - *Arquilla regalada á Kossuth.*

VERDADES Y MENTIRAS

Hace algún tiempo que la cruzada contra la crítica, dirigida por espíritus más ó menos eclécticos, viene adquiriendo carácter de dura é implacable. Especialmente en estos últimos años, los ataques son tan rudos y continuados, que hacen sospechar si aquí en España responden á una de esas intuiciones del buen sentido anónimo - y digo anónimo lo colectivo - que las más de las veces inicia una evolución, ó por lo menos denuncia un estado sintomático.

Dícese por algunos que los períodos históricos de la cultura, cuando son esencialmente analíticos, pueden señalarse como de decadencia. Las trabas que á la inspiración - y yo me refiero tan sólo á las artes plásticas y literarias - oponen las distintas escuelas críticas imperantes, obligan al escritor y al artista á

un trabajo selectivo imposible, por cuanto ha de hacerlo á expensas del sentimiento, cuyos límites, forma y modo son imprecisables, puesto que entran en lo abstracto. Esto en cuenta, debe limitarse el trabajo crítico á la simple exposición de aquellas ideas que, por su valor científico indiscutible, puedan el artista y el escritor tomar ó dejar á su antojo, según que las crean necesarias ó no para la realización de su obra; todo cuanto la crítica rebase de este límite es, á juicio de los que así piensan, invadir lo que no le es dado invadir á la especulación filosófica.

Recientemente, un notabilísimo escritor catalán expone también sus teorías respecto de la inutilidad de la crítica, demostrando en varios capítulos, titulados *El criticonismo*, cómo el análisis de la obra de arte, tal y conforme viene ejerciéndose por gran número de críticos, es el resultado de una estrechez de



LA DUEÑA DE LA QUINTA, cuadro de Francisco Masriera

criterio grande, de una cultura escasa y de los prejuicios de las escuelas á que puedan estar aquéllos afiliados. Y dice también el escritor antes aludido — y bien sabe Dios que no lo hago en son de crítica de su trabajo — que la crítica moderna, la racional, es aquella que busca la belleza en la obra y nos la hace ver y comprender.

Bien apunta el Sr. Gener, que es el escritor á quien aludo, señalando aquel extremo; y como pienso ocuparme de este particular más adelante, aun cuando muy á la ligera, por no permitirme hacerlo con extensión el espacio de que dispongo, hago aquí un inciso para seguir exponiendo de cuántas diversas maneras se condena hoy la crítica.

Sostienen los artistas, ó por lo menos un gran número de éstos, que el principal perjuicio que al arte ocasiona la crítica es el de perturbar el sentido estético, anulando por tanto la espontánea manifestación del genio. La originalidad no es posible, si han de tenerse en cuenta las observaciones y censuras que los críticos, según sus distintos modos de sentir y de comprender la belleza, hacen y dirigen á diario; y por último, bastantes de los que así se expresan sostienen la necesidad de aligerar de todo lastre intelectual que no sea puramente técnico las enseñanzas que el artista reciba; puesto que siendo la primera de las condiciones que el artista debe poseer la de la genialidad, ésta, por su carácter eminentemente abstracto, no puede someterse á ligadura alguna concreta, aun cuando tal ligadura sea al modo como define el amor en su último libro el autor ilustre de la *Vida de Jesús*.

* *

Para mí tengo que así el Sr. Gener como cuantos miran la crítica con malos ojos, dicen verdad en parte y en parte están muy lejos de ella. Por descontado se viene dando el prejuicio de escuela, no solamente en el trabajo crítico, sino también en el artístico, hace ya algunos años. Juzgar hoy como pudo ser juzgada la obra de arte en los tiempos de Palomino, de Mengs, de Reynolds, de Ceán Bermúdez y de Llaguno, no es posible hacerlo. La crítica tuvo los caracteres estrechos y rigoristas que tuvo, cuando las manifestaciones artísticas tenían á su vez un solo carácter y la inspiración no columbraba, fuese por lo que quisiera, otros cielos adonde remontarse ni otros sentimientos que expresar. Si hoy existen todavía hegelianos de la derecha y hegelianos de la izquierda, y krausistas y kantianos, y seguidores de Spencer ó de Wundt y aun apologistas de Santo Tomás, con esos no va la cuenta. El Sr. Gener nos habla de la crítica racional de Taine, declarándola la última palabra dicha á propósito de tan interesante y vital cuestión; pero el Sr. Gener, al aceptar lo dicho por el gran pensador francés, lo hace únicamente desde un punto de vista, desde aquel de donde tan sólo puede apreciarse lo bueno y bello de la obra de arte (con el objeto utilitario de contribuir á la cultura social, supongo yo). Y por cierto que al poner Taine con su admirable *Filosofía del arte* los jalones de la crítica moderna, como lo había hecho Macaulay en el primer tercio de este siglo, no lo hicieron ambos pasando la esponja de la piedad sobre la ignorancia, ni sobre la esterilidad, ni sobre las vacilaciones, ni sobre la impersonalidad que se advierten soberanamente acentuadas en la producción artística de la mayor parte de los escritores y artistas modernos. Pruébalo el método racional seguido por Taine en toda su labor crítica; por ejemplo, en su *Historia de la literatura inglesa*. Que si la crítica hoy debe seguir el camino que trazó el maestro, ha de verse apurada para no salirse del lado del elogio, si tiene en cuenta la raza, el medio artístico, el medio social, las novísimas enseñanzas históricas y otra porción de futesas por el estilo, sacadas á colación por Taine.

Cierto, certísimo que la crítica, tal y como hubo de entenderse y como aún la entienden ciertas gentes, está mandada recoger — valga lo vulgar de la locución — como perjudicial además de lo de anticuada. Juzgar con arreglo al concepto que del idealismo tienen Schelling ó Hegel, ó del realismo y del naturalismo Kant y Hartmann, ó (en otro orden de ideas) del misticismo Schopenhauer ó Spencer, es analizar y sentir con arreglo á patrones cortados por inteligencias y temperamentos que no pasan de ser temperamentos é inteligencias sujetos á las influencias de medios ambientes determinados y diametralmente opuestos en esencialísimos puntos de vista, á otros ambientes, así sociales como históricos y artísticos. Felizmente hoy, aun aquí en España, donde todos estos tiquis miquis de la alta cultura no importan un bledo á la mayoría del vulgo ilustrado, la crítica, sin embargo, ha aprendido (me refiero á la crítica seria ejercida por los Menéndez Pelayo, Balart, Emilia

Pardo Bazán, Clarín, etc.) á caminar sin andadores. Hoy se juzga la obra del mismo modo que ésta ha sido concebida; es decir, por inspiración y sentimiento de la verdad (en primer término) y de la belleza; pero por inspiración y sentimiento personales, por impresión; que así como se ha proclamado que la obra de arte es un pedazo de la Naturaleza vista á través de un temperamento, así también la obra crítica es y debe ser la exposición de la emoción estética que en el temperamento del crítico produce la obra de arte.

Y aun voy más allá en conceder razón á los que combaten la crítica sistemática. Yo creo que solamente debe ejercerse la crítica cuando la obra de arte pueda ser apreciada por el crítico, no ya en lo que corresponde á la forma, sino también al concepto y á la idea generadora. Entiéndase bien esto que digo y que parece á primera vista perogrullada inocente. No es patrimonio de cuantos ejercen la crítica un temperamento ductible y de tal modo sensible que pueda apreciar en todo su valor real las manifestaciones de la belleza, así plástica como psíquica, de otros temperamentos, de otras razas y de otra cultura distinta á la del medio ambiente en que el crítico vive.

Y para demostrar este extremo no es menester ir en busca de la demostración fuera de España. Luz, color, tipos, carácter social, etc., de ciertas comarcas españolas causan en muchos críticos, como en muchos artistas, tan escasa emoción estética y ésta de tan distinta naturaleza á la que por su educación y temperamento artístico han preconcebido, que pudiera creerse que en las comarcas dichas la belleza no existe.

He aquí por qué el método racional mejor que científico (con serlo grandemente) de Taine es el seguido hoy por cuantos estiman que la crítica cumple la misión que le ha encomendado el progreso humano.

La crítica no puede rebasar de los límites que entre el sentimiento, entre lo moral, entre lo que pertenece exclusivamente á la inspiración y la expresión gráfica ó plástica, existe en la obra de arte. El concepto, por ejemplo, que cualquier artista ó escritor tenga del modo de ser moral de un tipo histórico, de una sociedad como de un símbolo mórfo, será siempre para la crítica misterio, vaguedad; cuando más, nebulosa, cuyos contornos podrá presentir, mas no determinar.

Pero fuera ya de esto, que pertenece por completo á ese *algo* no analizable — puesto que la inspiración se escapó hasta el presente al escarpelo del psicólogo, como se han escapado tantos otros fenómenos espirituales al análisis de la ciencia; — fuera ya, digo, de este particular, todo lo demás, forma, color, fondo, pensamiento generador, ambiente, etc., cae por entero dentro de la órbita en que vive y palpita la razón.

Y ya en ese terreno, la verdad en primer término se exhibe siempre, bien para mostrarse tal y como es, bien para reclamar contra los que hollaron sus fueros. Y la verdad no suele estar muy bien comprendida y tratada que digamos en la casi totalidad de la obra artística; que de estarlo, la crítica holgaría y el arte alcanzara aquella altura que soñamos que debe alcanzar. Y tras de la verdad viene el buen gusto; que cuando es tal, éntrase al alma de todo el mundo como el aire en los pulmones.

Pues para analizar la verdad y el buen gusto y declarar sus bellezas y hacerlas gustar y sentir al espectador ó al lector está la crítica; y para aquel efecto Taine señala el modo. Analiza el ambiente artístico en que fué concebida la obra, el ambiente social, su grado de cultura, las determinantes psico-físicas de las razas á que pertenezca el autor, amén del estudio histórico que haya menester el cuadro, la escultura ó el libro, si es de tal índole, ó del climatológico y del étnico y del orográfico si de costumbres ó de paisajes se trata. Y con todos estos elementos la crítica queda reducida, sin embargo, á una simple impresión personal.

* *

Pero no nos hagamos ilusiones; esa impresión personal, cuando va ilustrada de manera tan clara, tan precisa, con superabundancia tan grande de datos, muy pocos falibles, y el crítico tiene además alma de artista; esa impresión personal, repito, adquiere todo el valor de una verdad inconcusa, de una afirmación matemática; y claro está que, para llevar á cabo un análisis cualquiera que sea, es menester hacer el estudio de todas las partes de la entidad, y por lo tanto de lo bueno como de lo malo.

¿Que no debe analizarse lo malo? Medradas estarían las sociedades y las leyes y la cultura y la mo-

ral y todo en fin con este sistema en acción. No creo que nadie pueda negar que existe algo fundamental incommovible en el arte: algo que se basa en cosa tangible, perfectamente definida. El mismo fenómeno de la emoción estética se produce al contemplar una obra de arte en las inteligencias y temperamentos á una misma altura sensibles y cultivados, si bien con mayor ó menor intensidad. El movimiento de agrado ó de repulsion obedece á una ley psico-física; pues siendo esto así indudable, es indudable también que la impresión crítica, al modo que hoy esa impresión se realiza en la inteligencia y en el corazón del crítico, es la resultante de aquella ley, y por lo tanto una verdad, con el aditamento de que á la determinación de esa verdad estética concurren las verdades científicas, de las cuales no prescindieron jamás los grandes artistas de todos los tiempos.

Seamos justos y sinceros. ¿Por qué razón se ha de dar como buenas las aguas de aquella marina si no causan la ilusión de la realidad, ó como obra maestra aquel lienzo donde tan sólo hay una tinta azulada por cielo y otra por mar y tres ó cuatro manchas oscuras de forma de barco? ¿Por qué á vueltas de una ó dos páginas brillantemente escritas y de un tipo medianamente trazado, hemos de dar como buena la novela del vecino? ¿Por qué razón hemos de tomar como originalidades y bellezas ideas y conceptos retorcidos y expresados en un castellano atestado de galicismos, de neologismos, etc? Por qué, en fin, hemos de creer que nuestra novela contemporánea tiene sello nacional y se distingue por eso de la del resto de Europa, y es originalísima y además de originalísima la que señorea el mercado; y que nuestros pintores son los que determinan los grandes movimientos estéticos en las artes plásticas, por su superioridad indiscutible; y que nuestros poetas son el asombro de los poetas del mundo, si nada de todo esto es, desgraciadamente, cierto? ¿En virtud de qué ley social, en virtud de qué escuela filosófica, en virtud de qué obligación el Estado va estar pagando, año tras año, obras de arte á todas luces inferiores, y así en espera de que resuciten Velázquez ó Goya genios espontáneos, atestado museos y plazas y calles y bibliotecas de obras de gentes mediocres que aun dentro de su mediocridad podrían producir obras acabadas si la crítica les advirtiese?

¡Que hay demasiados críticos! Conforme. Pero si hay demasiados críticos, en cambio crítica apenas si se advierte. Lo que hay son muchos «inspirados», muchos que hablan por boca ajena. Digo yo: si crítica no tenemos teatro, ni apenas novela, ni apenas pintura seria, y casi carecemos de escultura, ¿adónde estaríamos sin ese termocauterio aplicado de cuando en cuando para despertar energías?

Que no pienso con el ilustre Pérez Galdós, que dentro de poco todos seremos novelistas y escritores y pintores, etc., y todo esto en un grado de discreción tolerable, y que en llegando ese día, ¡adiós arte!, ¡adiós grandes obras!, ¡adiós belleza! No; sobre lo tolerable está lo bueno, y sobre lo bueno está lo excepcional. Que así como en un bosque de frutales de una misma especie, todos los frutales producen ciruelas, si son ciruelos, y sin embargo hay árboles cuya fruta es incomparablemente superior á la del resto, y aun sobre esos hay otros cuyas ciruelas son insuperables, así en el concierto de la inteligencia humana hay muchas que descuellan sobre el nivel ordinario, aun cuando éste sea elevado, y sobre esas que descuellan, hay las geniales que asombran con sus iniciativas y sus presencias y su obra toda.

* *

Y bien sabe Dios que no pensaba dedicarle á esta cuestión de la crítica ni una letra. Hace tanto tiempo que creo que discutir de este particular no lleva á ninguna parte, que solamente el ver metidos tan en ello á Galdós y á Gener pudo hacer que quebrantase mi resolución; pero ya que estoy con la pluma en la mano no quiero dejarla sin decirle al autor de *Torquemada en la Cruz* y al de *Criticonismo* algo que es una verdad y que me bulle acá dentro, y que pueden comprobar fácilmente: si el artista y el novelista, atendiendo á la crítica, se encierran en el círculo que les determina el criterio ó la escuela á que el crítico pertenece, sin que puedan apreciar lo que deben aceptar como bueno ó rechazar como malo, esos, artista ó novelista, no merecen que de ellos se ocupe nadie; carecen de criterio propio, carecen de talento y educación artística; ¡já la fosa del olvido con ellos!

Es verdad que entonces nos quedaríamos en España sin novelistas, sin artistas y hasta... sin filósofos.

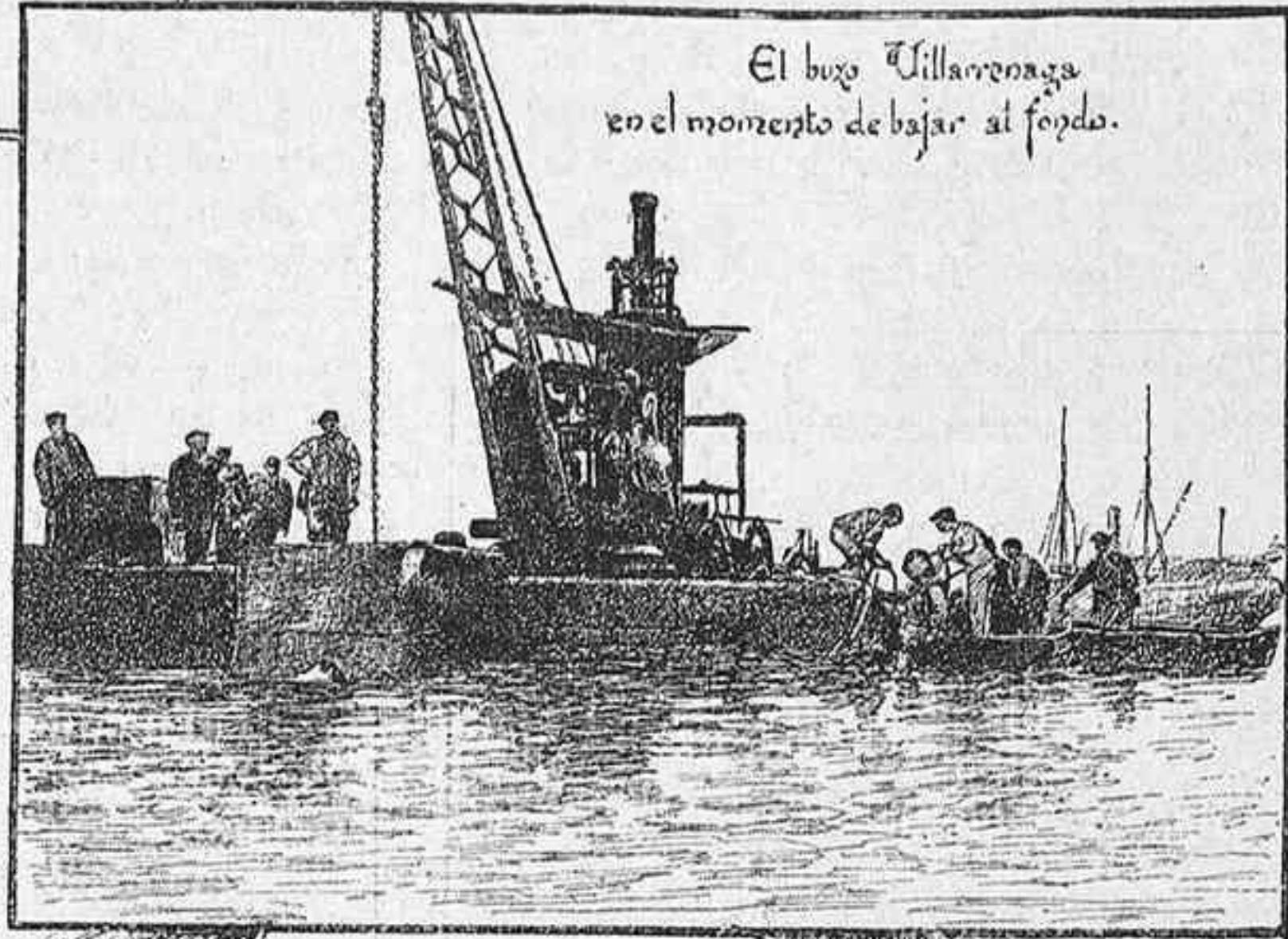
Salvo media docena de excepciones.

R. Balsa de la Vega

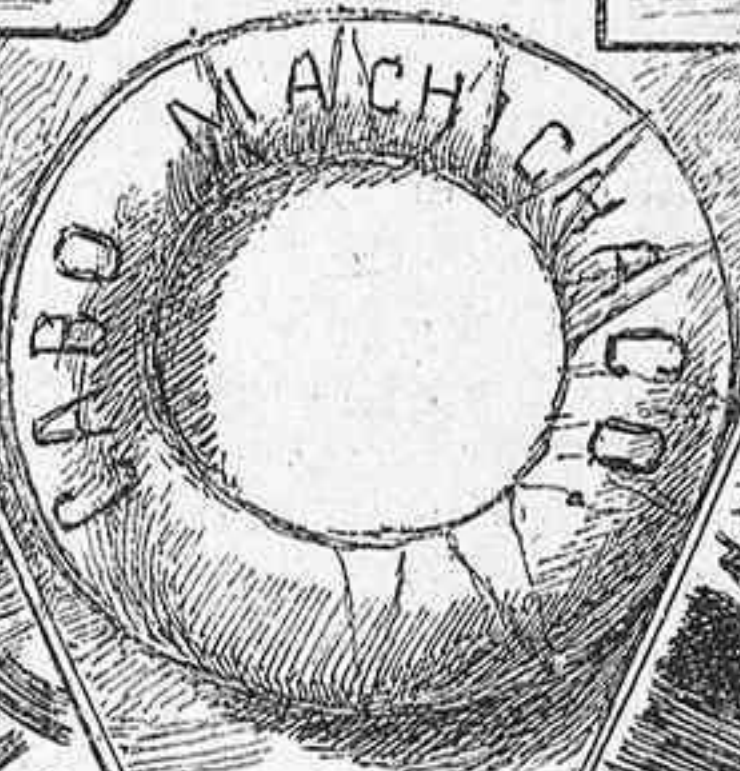
Máquina Perforadora y tablas flotando después de la 2.ª explosión.



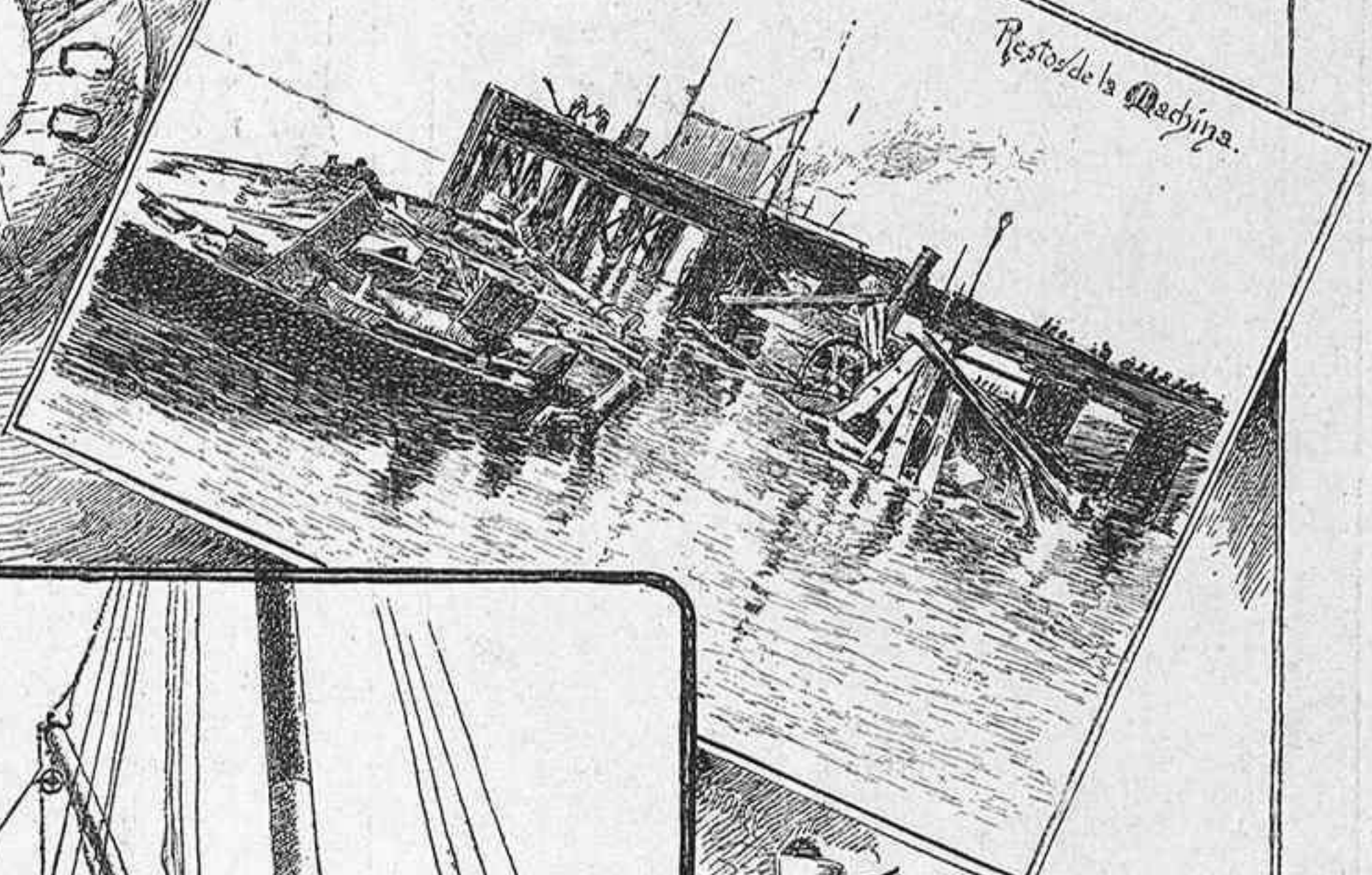
El buzo Villarenga en el momento de bajar al fondo.



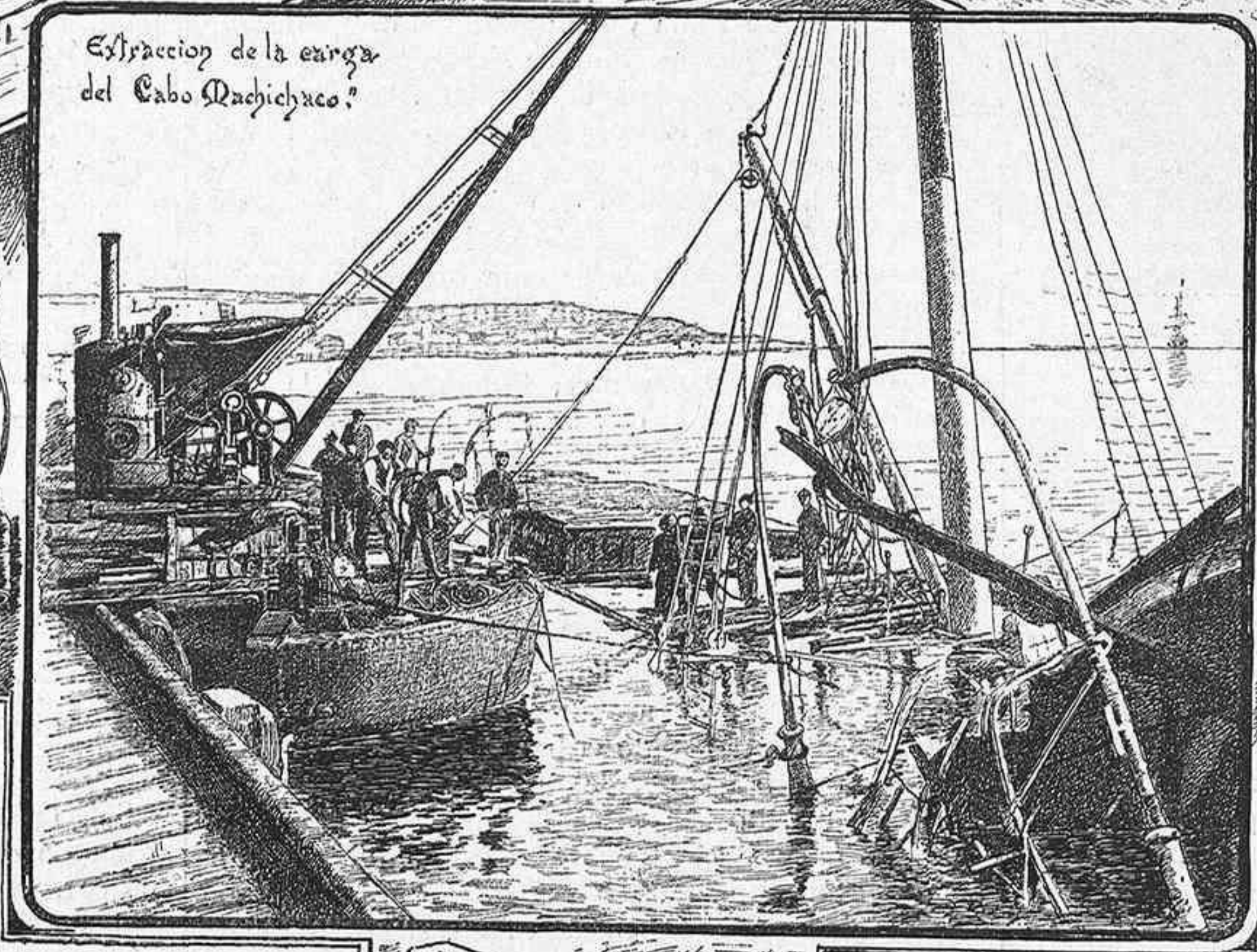
Muelle de Alborada.



Restos de la Máquina.



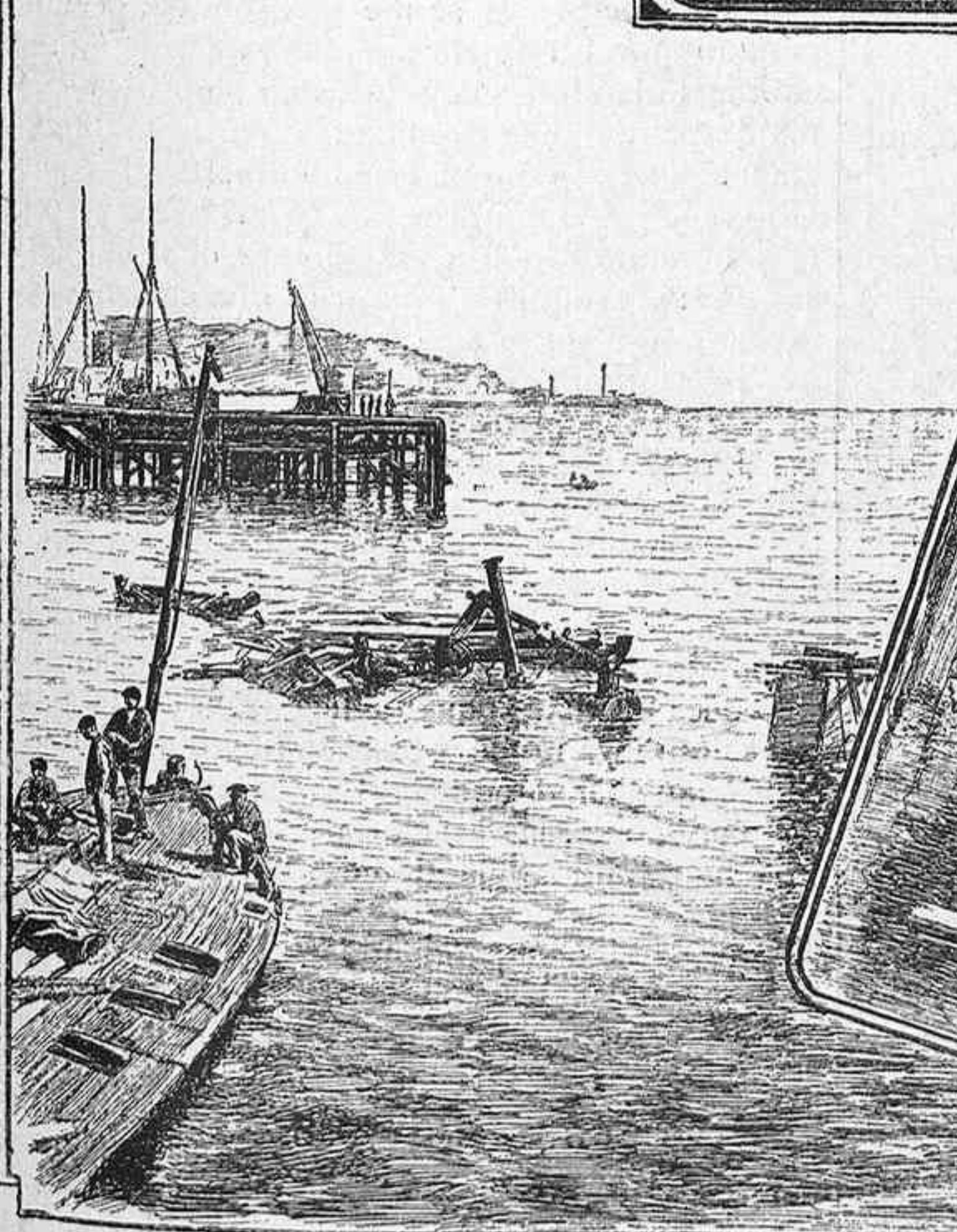
Extracción de la carga del Cabo Machichaco.



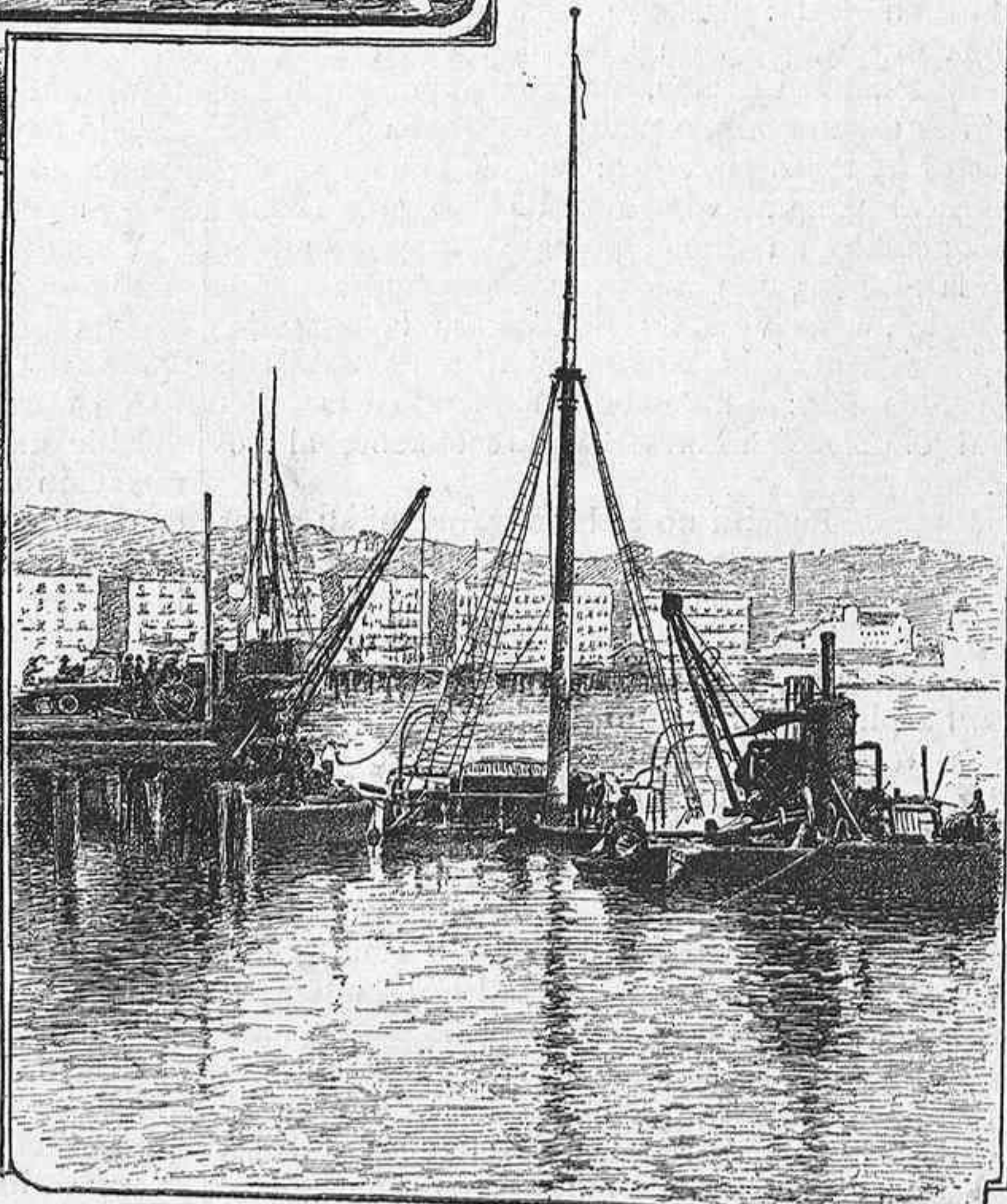
CATASTROFE

DE SANTANDER

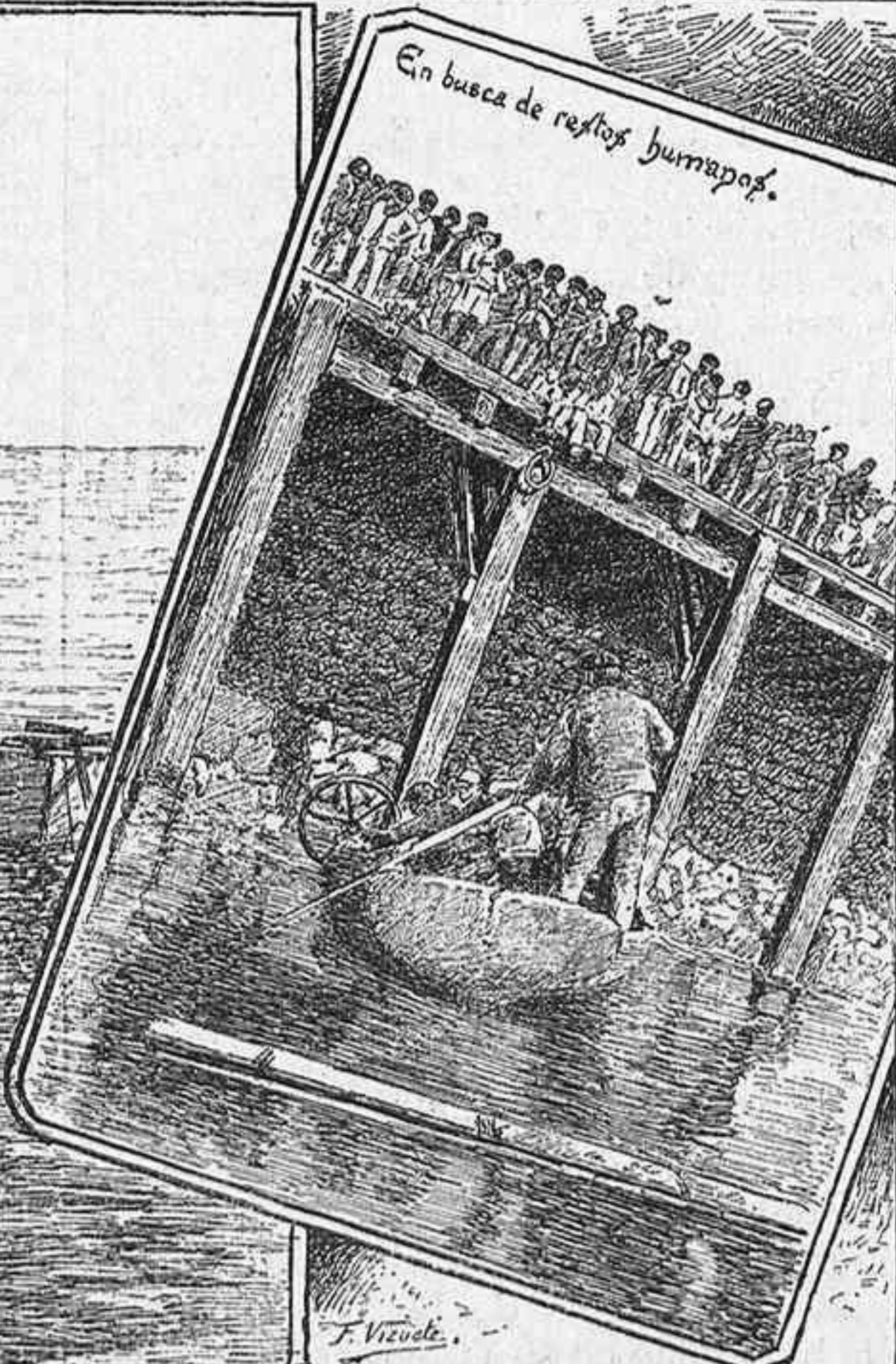
Restos de la perforadora Vista tomada desde la Máquina.



El "Cabo Machichaco." (proa.)



En busca de restos humanos.



LA OPERA DE PUCCINI «MANON LESCAUT»

En poco tiempo la poética creación del abate Prevost ha servido de argumento para dos óperas, cuyas partituras han escrito un maestro francés de grande y merecida celebridad en el mundo del arte musical, Massenet, y un compositor italiano, joven, en cuya

SANTIAGO PUCCINI, autor de la ópera *Manon Lescaut*

historia no había, hasta que compuso su última creación, ninguna de esas obras que dan a su autor fama imperecedera, ó por lo menos gran nombradía, Santiago Puccini.

Atrevimiento grande fué en éste acometer empresa que necesariamente había de traer consigo la comparación; y sin embargo, comparadas la *Manon Lescaut* de Massenet y la de Puccini, una y otra conservan todo su valor, señal evidente de que una y otra no sólo son buenas, sino que además son de un género totalmente distinto, único modo de que ambas pudieran salir incólumes de aquella prueba de la que difícilmente salen con bien dos cosas análogas ó parecidas.

Así es, en efecto: juzgando por lo que de ellas ha dicho la crítica, pues de referencia escribimos, la ópera de Massenet es fina, delicada, vaporosa; la de Puccini es toda pasión, constituyendo una serie de contrastes de tonos vigorosos: aquélla es una comedia musical que gradualmente va á parar á un final elegíaco; ésta es un drama potente del principio al fin: en la primera, una música purísima en sus menores detalles, estudiada y trabajada; en la segunda, melodías espontáneas, brillantes y libres, acentos de pasión enérgicos: allí la cabeza hablando á la cabeza; aquí el corazón interesando directamente al corazón.

La ópera de Puccini no es homogénea ni su autor quiso que lo fuera; la protagonista no aparece en ella completa, con toda la ingenuidad de sus extravíos que tan bien se desprende de la novela, no es el ser adorable y perverso que el autor de ésta imaginara. La pintura del medio ambiente invade á menudo la acción y la entretiene; pero este defecto, caso de que lo sea, está compensado tan sobradamente por la gracia y la elegancia que en toda la partitura resplandece, que la admiración no deja espacio á la censura. Ejemplo de ello es la larga escena que ocupa gran parte del segundo acto, la del tocador de Manón, en la que el madrigal, la lección de baile y el minué son otros tantos detalles accesorios en el drama, ajenos á la acción principal, pero bellísimos y seductores, que hacen revivir una época y evocan en la fantasía recuerdos de tiempos frívolos si se quiere, mas poéticos y pintorescos como pocos. De improviso el encanto cesa y resurge el drama con el apasionado dúo de Des Grieux y Manón, cuyas notas, que destilan lágrimas, invaden el alma y la conmueven.

Forma contraste con el segundo el acto tercero, en el que la música adquiere mayor vida y las situaciones se suceden á cual más vigorosa hasta llegar á un final rapidísimo, que es una de las páginas más emocionales del teatro lírico.

En los actos segundo y tercero está la fuerza de la obra: los otros dos resultan débiles. El primero es confuso, pero contiene algunas piezas de gran belleza, como la romanza de tenor, el dúo de éste y Manón y el final; el último, con ser muy aceptable desde el punto de vista musical, no responde á las exigencias del teatro, porque después de las escenas tan llenas de calor dramático del acto que le precede, parece frío é incoloro: el oído se recrea escuchando notas dulces y lánguidas; pero esa dulzura y esa languidez duran demasiado tiempo, y la agonía sobradamente larga de Manón acaba por hacerse penosa y el espectador ansía el final de una situación desagradadora.

Digamos algo para terminar del autor de la ópera. Santiago Puccini nació en Lucca el 23 de diciembre de 1858, y después de haber estudiado en su ciudad natal entró en el Conservatorio de Milán, en donde tuvo por maestro á Ponchielli. Terminados allí sus estudios, tomó parte en el primer concurso abierto por Sonzogno, y si bien su ópera en un acto *Villi* no fué premiada, estrenóse en el teatro Dal Verme, de aquella ciudad, con éxito superior á todas las esperanzas. La misma ópera, ampliada y dividida en dos actos, gustó también en la Scala.

Animado por estos éxitos, escribió una ópera de mayores alientos, en cuatro actos, *Edgard*, que se representó en la Scala y fué recibida con aplauso, pero no con el entusiasmo que se creía había de despertar y que consiguió *Manón*, estrenada en 1893 en el Regio de Turín, y representada luego en los principales teatros de Italia, y finalmente en el gran coliseo milanés. Posteriormente se ha cantado en Hamburgo y pronto se cantará en toda Alemania y en Londres, en donde la anuncian como la gran *attraction* de la próxima temporada.

Puccini ha conseguido con *Manón Lescaut* colocarse entre los primeros maestros italianos que apartándose de la escuela wagneriana vuelven otra vez á la antigua fuente de emoción, á los contornos melódicos elegantes. Puesto en este camino, podrá llegar pronto á la ópera orgánica, homogénea, á la obra maestra: es de esperar que logre tal resultado con *La Bohème*, que en la actualidad está componiéndose. - X.

PISO TERCERO POR ALQUILAR

El rótulo que se balanceaba junto á la puerta, movido por las ráfagas del viento, atrajo mis miradas, y súbitamente experimenté un deseo irresistible de subir aquellas escaleras, de visitar aquel piso, en donde no había vuelto á poner los pies después de tantos años transcurridos.

- ¿Se puede ver este cuarto desalquilado?, pregunté al portero, un maestro remendón que metido en su jaula de cristales martilleaba recio el zapato sujeto entre las rodillas.

Miróme el hombre, suspendió por un momento su trabajo para coger una llave colgada de un clavo, que me alargó diciendo:

- Sí, señor; puede usted subir.

Y siguió repicando de firme.

El corazón me latía al pisar uno tras otro aquellos setenta y dos peldaños que mis piernas de niño y de adolescente habían salvado centenares, millares de veces, brincando como un gamo, y una emoción indecible me dominaba, emoción nacida de una aglomeración de recuerdos que se agolpaban á mi mente, cuando metí la llave en la cerradura y empujando la puerta del piso tercero, me encontré en el recibidor.

* * *

Un recibidor no muy grande ni de elegantes proporciones, pero alegre, sonriente, inundado de luz. Parecióme que un amigo cariñoso me daba afectuosamente, contento de volverme á ver, la bienvenida, diciéndome con esa dulce melancolía de los viejos recuerdos: «¡Adelante, chico, adelante!.. ¡Cuánto tiempo sin vernos!.. Entra, entra y echaremos un párrafo hablando del pasado...»

Cerré la puerta, me quedé larguísimo rato en medio del recibidor, contemplando las viejas paredes que seguían hablándome en su mudo lenguaje:

- Nos has reconocido al punto, ¿verdad? Testigos fuimos de tus juegos infantiles, cuando correteabas por ahí, cuando dabas tus primeros pasos, cuando salías gozoso como un pájaro á quien abren la puerta de la jaula, cuando volvías á entrar alegre buscan-

do el dulce calor del hogar... Mira, mira... ¿reconoces este rincón, junto á la ventana por donde entra á chorros la luz del sol? Ahí mismo estaba la mesita aquella; tu mesita, con sus cajones atestados de juguetes. Encima de ella alineabas los soldados de plomo, los batallones de zuavos, de cazadores, los jinetes montados en sus arrogantes corceles y blandiendo los sables, los relucientes diminutos cañones con sus impávidos artilleros. Formaban en dos cuerpos enemigos, y tú, con un pistolete de resorte que disparaba un guisante, repartías con absoluta imparcialidad proyectiles á un lado y á otro. Caían filas enteras de combatientes, y ya era sabido: el ejército que perdía primero á un general quedaba derrotado. Después, limpia la mesa de soldados, levantabas el altarcico blanco y dorado, en cuya cima, metido dentro de su capillita, se ufanaba aquel magnífico San Antonio con el niño Jesús tan monín, rubio, regordete, sonriente, y el indispensable lirio, que más parecía árbol que flor. ¡Y qué espléndida iluminación! ¡Qué de cirios ardiendo á la vez! ¡Era realmente deslumbrador!

* * *

Vamos andando, dije echando un suspiro. Empujé una puerta y me encontré en otro nido de recuerdos.

Era el antiguo cuarto-despacho, en donde me había pasado tantas horas de infancia y de juventud con la cabeza inclinada sobre los cuadernos, los libros de texto. Todo un largo período de primera, de segunda enseñanza, de cursos de instituto, de cursos universitarios, desfila rápidamente ante mi imaginación; vuelvo los ojos atrás, muy atrás, y veo sentado sobre una silla, delante de una mesa, á un chicuelo que rápidamente crece, se estira, se desarrolla, se convierte en adolescente, en hombre; véole trazar primero con inexperta mano los signos del alfabeto; luego transcurren dos, tres años en el espacio de un segundo, y el muchacho murmura, cerrando los ojos para que éstos no busquen la complicidad del libro abierto ante ellos: *musa, muse...* Pasan con velocidad eléctrica cinco, seis, siete años más; el rapazuelo es ya un hombre, distíngole echado casi de bruces sobre otro libro más voluminoso, de aspecto mucho más grave y formal: *Instituciones de derecho civil*. Y el joven se afana por incrustar en su cerebro una definición latina, apoyando la frente sobre la palma de su diestra, mientras los dedos de la izquierda retuercen febrilmente la punta de un bigotito embrionario. Y de pronto el estudiante vuelve el rostro hacia mí, me mira con asombro, con tristeza, y me dice con un acento que no encuentra eco en el aire, pero que oigo en mi alma: «¡Qué viejo te has vuelto!.. Vete... vete...»

* * *

Salgo de aquel cuartito, atravieso un pasillo, éntrome en otra estancia desmantelada, fría: los balcones cerrados dejan penetrar tan sólo una tenue claridad. Pero de pronto se me presenta el aposento iluminado por un fulgor siniestro, amarillento: cuatro enormes blandones colocados en plateados candeleros desparraman sus oscilantes reflejos sobre las negras tapicerías de que están cubiertas las paredes. Un crucifijo de marfil pende del testero, pero la testa del crucificado no es tan lívida cual la que veo á sus pies: un semblante inmóvil, una cabeza exangüe, descansando sobre una blanca almohada. Mis ojos, que las lágrimas arrasan, contemplan la augusta quietud de un ser querido que yace allí rígido, cruzadas las descoloridas manos sobre el pecho, aprisionado todo el cuerpo entre las maderas de un ataúd.

Maquinalmente mis rodillas se doblan y caigo prostrado de hinojos, mientras mi garganta reprime un sollozo. Mas ¿qué es esto?... un gemido doloroso responde al mío: oigo el eco de un llanto, murmullos de voces entristecidas que llegan de la pieza vecina, del salón; levántome bruscamente, corro hacia el sitio donde suenan aquellos lamentos. La ilusión desaparece rápida, la vasta sala está desierta, los espectadores han huído dejándome solo, solo con mis recuerdos.

Y éstos siguen surgiendo á cada paso que doy al recorrer todas las habitaciones de la casa; parecen destacarse de cada pedazo de pared, de cada rincón; brotan del pavimento, descienden del techo, me rodean, van á mi lado acompañándome, sonrientes unos, melancólicos otros; llevándome acá y acullá, á derecha y á izquierda, hablándome todos á la vez.

- Aquí... aquí dormiste durante veinte años; tu cama estaba en este sitio, ¿te acuerdas?

- En este rincón lloraste una vez durante más de una hora, ¿lo recuerdas?... Te privaron de cena y de teatro por una picardía de á órdago...



«MANON LESCAUT,» OPERA DE PUCCINI, ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA SCALA DE MILAN. - Escena del minué y muerte de Manón. Dibujo de G. Amato

— Mira... Ahí estaba el gran armario de espejo... ¡Con qué vanidosa satisfacción te contemplabas aquella que te pusieron de tiros largos, cuando estrenaste tu primera levita y tu primer sombrero de copa!..

— Ven, acércate, dijo uno de aquellos invisibles duendes, llevándome hacia un balconcillo con vistas á un patio interior. ¿No te dice nada la memoria?..
¿La olvidaste ya?

*
**

No, no la había olvidado. ¿Se olvidan acaso esas primeras impresiones, esos primeros latidos?

Ella habitaba el piso cuarto; era de mi misma edad: diez y seis ó diez y siete años; tenía el cabello rubio, la tez como la nieve y unos ojos grandes, azules, ¡tan dulces, de tan suave mirar!.. Y empezaron á posarse en los míos, una tarde de verano, bochornosa, cargada de electricidad. El cielo estaba obscuro, amenazador, presagiando tormenta; un relámpago llenó el patio de lívida claridad, y ella lanzó un chillido; después se sonrió de su propio terror y seguimos mirándonos.

Desde aquella tarde, ¡cuántas horas pasamos en nuestros respectivos balconcillos hablándonos con los ojos! Pero una noche hablaron ya nuestros labios tímidos, balbucientes, mientras toda la casa dormía; desde aquella noche, ¡cuántas pasamos en silenciosa y casi invisible contemplación! Apenas si distinguía yo en medio de la obscuridad la nota blanca de su vestido... De cuando en cuando un murmullo leve, el tenue susurro de algunas frases cambiadas, interrumpía nuestro mutismo; pero ¡qué breves eran aquellos coloquios!; nos amábamos y no teníamos valor para decirnoslo...

Una noche me atreví á ello; ella no me contestó, y yo, tembloroso, entre satisfecho y arrepentido de mi audacia, volví á guardar silencio. De súbito un rayo de luna — la pícara Diana se decidió por fin á iluminar nuestros éxtasis — se coló de refilón en el interior del patio y pude acariciar con mis miradas la silueta, hasta el rostro de mi ídolo.

— ¿Le ha ofendido á usted lo que le he dicho?, pregunté con ingenua tristeza.

Tampoco me contestó; pero á poco vi que de su pecho arrancaba una rosa, la llevó á sus labios y la flor cayó á mis pies; la recogieron mis manos temblando, y al cubrir de besos la fragante joya parecía-me que el corazón iba á estallar...

*
**

— Caballero, ¿piensa usted pasarse aquí la noche? Hace ya más de dos horas que está usted mirando el piso.

Y el portero me mira con marcado recelo; mi interminable visita le parece altamente sospechosa; balbuceo una explicación cualquiera, pues no juzgo necesario comunicarle los efectos psíquicos de aquel análisis retrospectivo; abandono aquel vasto sepulcro de tantas imágenes, ilusiones y recuerdos; bajo las escaleras, triste, desalentado, y me encuentro en la calle llena de vida, de movimiento; he soñado durante dos horas en un piso desalquilado: despertemos, volvamos á la dura realidad.

JUAN BUSCÓN

METALES DE TRANSICIÓN

Cuando se estudia el conjunto de los cuerpos simples que denominamos metales, pronto se echa de ver cómo su origen corresponde á diversas fases ó términos de la evolución de la substancia única, que acaso tenga la forma de aquel primitivo *protilo* que sirvió á Crookes, como base de su peregrina doctrina de la génesis de los elementos químicos. Unos deben hallarse ya del todo formados, y representan un equilibrio muy estable; otros han de estar en vías de formación, y no pocos empezarán á determinarse apenas, señalándose sus diferencias y los más esenciales caracteres de los individuos, los cuales son, por lo mismo, más dignos de estudio y así solicitan nuestra atención con mayores encarecimientos. Dijérase que hay metales hechos, como el plomo, el cobre ó la plata, bien diferenciados, con propiedades marcadas y características, en cuya virtud no se confunden con los demás, y á su lado metales menos hechos, unidos á otros con apretados lazos de estrecho parentesco, á semejanza del níquel y el cobalto ó los que forman la llamada *platina* ó mena de platino, y entre ambos grupos colócanse aquellos que, si considerados individualmente poseen cualidades propias y muy marcadas, forman en conjunto un grupo de tal naturaleza, que bien pueden considerarse mera transición entre los cuer-

pos metálicos más alterables y los verdaderos metales, ó sean los cuerpos simples que mejor responden á las propiedades que á los metales asignan. Este grupo á que me refiero, tan bien establecido que por familia natural pudiera sin esfuerzo tomarse, es el de los metales alcalino-terrosos, intermediarios entre los alcalinos y los que ya poseen el brillo y las demás condiciones metálicas, grupo mal conocido y poco estudiado, por más que en las combinaciones de sus individuos encuéntrase algunas de constante é inmediata aplicación, tan usadas como la cal y el yeso, compuesto de substancias cuya individualidad adviértese bien pronto, susceptibles de constituir multitud de cuerpos, y no pocos se encuentran en la naturaleza y también formando parte integrante de muchos organismos, cuando no proceden del acumulado y nunca interrumpido trabajo de los más elementales y sencillos. Nadie vacilará en afirmar que el estroncio, el calcio y el bario tienen muy marcadas sus características individuales; pero tampoco nadie deja de conocer que su conjunto, el grupo que forman, ya por los mismos metales, ya por sus combinaciones peculiares, es un tránsito, y representa un período evolutivo no bien acabado y cuyos convencionales límites no es dado indicar de una manera terminante y concreta, y así puede llamárseles *metales de transición*, cuyo calificativo se justifica examinando sus propiedades y las de los principales compuestos que pueden constituir.

Los tres son sólidos y hállanse dotados de brillo argentino muy marcado. Sólo el bario es blanco, el calcio tiene color amarillo bastante claro, siendo del mismo tono, aunque algo más obscuro, el estroncio: atendiendo á su peso específico, colócanse en este orden: bario (1,5), calcio (1,58) y estroncio (2,54). El bario posee cierto grado de maleabilidad, funde un poco más que á la temperatura del rojo, pero no es volátil; calentado á la misma temperatura ataca con gran energía al vidrio; lo caracteriza su gran avidez para el oxígeno, cuyo gas absorbe del aire ó del agua, que descompone á la temperatura ordinaria, aunque no con la energía de los metales alcalinos, y tiene la condición de formar dos combinaciones oxidadas: el protóxido y el bióxido de bario: sus sales son las que, entre las alcalinas, alcalino-terrosas y terrosas, tienen mayor peso específico. El estroncio es mejor conductor de la electricidad, funde á la temperatura del rojo naciente, no se volatiliza, absorbe asimismo el oxígeno del aire con mucha energía, descompone el agua y puede arder en determinadas condiciones. El calcio, no más duro que la caliza, es tan dúctil y maleable que es susceptible de ser cortado, limado y reducido á hojas tan delgadas como el papel, las cuales dóblanse sin romperse; cuando está bien seco, no se oxida en contacto del aire; pero en una atmósfera húmeda, se empaña su brillo, cubriéndose muy pronto la superficie de una película de hidrato cálcico; calentándolo á la sola llama de la lámpara de alcohol, previamente colocado sobre delgada lámina de platino, fúndese á la temperatura del rojo y arde con brillante llama; combínase el calcio con el cloro, el bromo ó el yodo, y el fenómeno va acompañado de notable y muy visible incandescencia; al unirse al azufre, que ha de estar fundido, despréndese calor y luz; al rojo, el vapor de fósforo se convierte en fosforo de calcio; es aleable con el mercurio, formando la correspondiente amalgama, con el auxilio del calor; descompone con facilidad el agua con desprendimiento de calor é hidrógeno, cuyo gas, como en los casos anteriores, no llega á inflamarse: proyectando limaduras de calcio en ácido nítrico diluido, el metal arde; pero el mismo ácido concentrado no le ataca en frío, siendo preciso calentarlo á temperatura próxima de su punto de ebullición, para que lo oxide con rapidez, dándose así un caso de pasividad muy semejante al que presentan el hierro ó el níquel: como del bario y del estroncio, son conocidos dos óxidos de calcio, y el primero de ellos, que es la cal, recibe numerosas y utilísimas aplicaciones.

De lo que antecede infiérense, sin gran esfuerzo, muy poderosas razones para considerar como un grupo transitorio, en el orden de los metales, al que forman los extraídos de las tierras, y que constituyen lo que propiamente se denomina una familia natural, y por cierto de las mejor establecidas y ordenadas.

El lazo que los une á los metales alcalinos más caracterizados, que son el potasio y el sodio, es la facultad de descomponer el agua y la avidez para apoderarse del oxígeno, ya del aire, ya de la misma agua. A ejemplo de aquéllos, son blandos, su peso específico pasa muy poco de la unidad, á no ser el del estroncio, y se hallan muy repartidos en la Naturaleza en minerales característicos, formando parte de muchas rocas y terrenos: el brillo metálico del bario, del estroncio y del calcio, se empaña con menos facilidad que el del potasio y el sodio, y se acaba de decir cómo

la superficie del calcio permanece inalterable durante largo tiempo en el aire seco. Sin que se califiquen de muy duros, lo son más que el potasio y el sodio, y en cuanto á las acciones del calor, si bien es cierto que se funden próximamente á la temperatura del rojo, no lo es menos que no se volatilizan, y constituye acaso esta propiedad su primera diferencia de los metales alcalinos y su primer lazo con los metales propiamente dichos, los cuales con dificultad emiten vapores, aun á muy elevadas temperaturas. Como grupo intermediario y poco definido, en cuanto á la individualidad química de cada uno de sus términos, es suficiente lo dicho para afirmar de un lado el parentesco con los metales procedentes de los álcalis, y en tal aspecto darles el carácter de alcalinidad que distingue á sus compuestos oxidados en especial, y que todos poseen clara y definida, y de otro la analogía con los verdaderos metales, á los que el calcio y el estroncio se parecen notablemente, por su aspecto y hasta por la facultad de arder, que también tiene un metal terroso tan bien conocido como es el magnesio. Hállase todavía otro argumento en la propia indeterminación de las propiedades constantes de los cuerpos que nos ocupan, sobre todo en las del bario y el estroncio, cuyos calores específicos siquiera pueden precisarse con el rigor debido y aun las mismas cualidades físicas más salientes, al igual del color y la tenacidad, tampoco se ven de aquella manera evidente con que se aprecian las del cobre, las del hierro ó las del aluminio, y aunque pudiera invocarse la dificultad de obtener puros el calcio y el estroncio, su misma tendencia á unirse con otros cuerpos, resistiéndose con gran fuerza á separarse de ellos, prueba es de su escasa individualidad y del carácter transitorio que á semejantes cuerpos debe racionalmente asignarse.

Los metales alcalinos, con sus energías tan desenvueltas y vivas, con su facultad de descomponer el agua, con la propiedad de dar óxidos irreductibles, son especies químicas muy bien definidas, metales muy metales, si así cabe expresarse, cuerpos del todo acabados, que representan equilibrios muy estables, de lo cual son indicio sus constantes individuales; pero los metales alcalino-terrosos, en especial los tres más conocidos, si bien presentan afinidades características, ni es en aquel grado que las advertimos en el potasio y en el sodio, ni de ellas proceden cuerpos que pueden ser, en cuanto á propiedades singulares, lo que son la potasa y la sosa respecto de los metales que las originan. Y si pasando á otro orden de consideraciones, tenemos presente de qué manera los caracteres de los cuerpos son indicio seguro del mecanismo de las energías de toda especie que en ellos se agitan y sin cesar cambian, parece fuera de toda duda que en la misma evolución química de los elementos, aún no terminada, si bien cada uno representa un estado de equilibrio, que no es en manera alguna definitivo, porque aquella evolución es indefinida y no puede tener fin, el bario, el estroncio y el calcio, son de los términos de la serie acaso los menos definidos, los que representan equilibrios más transitorios y provisionales, por más que sus combinaciones tengan toda la fijeza del *espato pesado*, la *celestina* ó el *yeso*. Esta misma condición, en cuya virtud participan de las propiedades de los metales alcalinos y de los caracteres, así físicos como químicos, de los metales propiamente dichos, es el fundamento de la doctrina aquí sostenida, porque no hay, en verdad, una singularidad que los distinga, una cualidad que permita al punto determinarlos individualmente, aun cuando aparezca más clara y fija en algunos de sus compuestos, con especialidad en los óxidos, los carbonatos y los sulfatos.

Una particularidad, no sin importancia á lo que entiendo, es preciso notar respecto de los tres metales que nos ocupan, y es que, á pesar de las analogías de sus propiedades y de la indudable semejanza de sus compuestos y hasta de la manera de presentarse en la Naturaleza, nunca se hallan reunidos, ni se presentan enlazados como los de la mena de platino ó los contenidos en aquellas tierras por su escasez llamadas raras, así que en todos los casos el bario, el estroncio y el calcio son fácilmente separables: el hecho parece indicar cierto grado de individualidad, característico de las mejor definidas especies químicas, y sin embargo, no se opone á que considerados desde el punto de vista en que nos hemos colocado, resulten metales de transición, porque no se trata de ver cada uno de ellos con sus propiedades peculiares, sino de considerar el conjunto de la familia con sus derivados y componentes; sus aptitudes para las diversas combinaciones; sus facultades para contraer alianzas; los caracteres más específicos y singulares de la variedad de cuerpos en cuya composición entran, y en tal respecto es como se clasifican de metales de transición, sin confundirlos, ni un momento,

con los que algunos autores han dado en llamar pseudometales. Entiéndase que la condición metálica, conforme se establece en la Química, ó sea el brillo particular, las propiedades eléctricas y las capacidades térmicas, conviene perfectamente al bario, al estroncio y al calcio; pero dentro de la clase de los metales forman un grupo de transición muy bien definido y característico, y no una familia tan perfecta como la de los metales alcalinos ó aquella en la cual están comprendidos el cromo, el manganeso, el hierro, el níquel y el cobalto. Así es que admitiendo, como hacen muchos, que la formación y aparición de los metales corresponde á diversos términos de la evolución de una substancia única y primitiva, á la cual ha llamado *protilo* el químico William Crookes, compréndese sin mucho esfuerzo que la familia de los metales alcalino-terrosos representa, en cuanto á los individuos, labor muy completa y acabada de las energías naturales, y labor menos acabada, trabajo menos hecho, si la frase puede permitirse, cuando se considera el conjunto de la familia, con las mutuas y peculiares relaciones químicas de los individuos que la constituyen, y de esto viene el carácter transitorio que aquí se le asigna, fundándolo precisamente en lo que ponen de manifiesto las mismas propiedades esencialmente químicas de tan importante clase de cuerpos simples.

Sus óxidos dan otra prueba, bastante digna de tenerse en cuenta, respecto del particular. La barita, la estronciana y la cal seméjanse á la potasa y á la sosa, en la solidez, la causticidad, las afinidades para el agua y el ácido carbónico y la condición de unirse muy bien con los ácidos, y de otra parte se enlazan á la magnesia y á la alúmina por su resistencia á fundirse. La barita, la estronciana y la cal no cristalizan jamás, son perfectamente irreductibles, aun por el hidrógeno y á las más elevadas temperaturas, y tienen de particular que á la del rojo incipiente absorben el oxígeno constitu-

yendo bióxidos, que el aumento de temperatura descompone con desprendimiento de oxígeno. Así, pues, forman el tránsito entre los álcalis, propiamente dichos, y la alúmina y la magnesia; participan de las cualidades alcalinas de la potasa y de las propiedades terrosas de la magnesia, como si en ello quisiese indicarse la cualidad de transición que deseamos poner bien en claro. Y si consideramos los cloruros, desde el de bario, que no atrae la humedad, al de calcio, muy deliquescente, ó los yoduros, por demás inestables, ó los fluoruros de calcio, y alguno de ellos, como el de calcio, abundante especie mineralógica, aparecen de la propia suerte analogías y semejanzas que nos hacen ver que si cada metal alcalino-terroso de los más abundantes y mejor conocidos tiene la individualidad propia de la especie química, el grupo constituye, en verdad, un tránsito bien definido entre la familia de los álcalis y la de los metales propiamente dichos.

Con gran abundancia repartidos en la Naturaleza, forman el bario, el estroncio y el calcio muchas especies mineralógicas; varias, como el yeso, grandemente útiles, y otras, como la caliza, algunas de cuyas variedades se utilizan por sí solas y de otras se extrae la cal, eliminando por el calor el ácido carbónico. Fijémosnos sólo en un punto de los sulfatos naturales de los tres metales que venimos considerando, y tengamos presente que de ellos el bario parecía hasta aquí el más aproximado á los metales alcalinos y las propiedades de sus combinaciones las más análogas. La *baritina* ó espato pesado, la *celestina* y el *yeso* son respectivamente los sulfatos naturales de bario, estroncio y calcio: distingue al primero su gran peso específico, que contrasta con la poca densidad del metal que lo origina, y puede observarse que es uno de los cuerpos más insolubles en el agua que se conocen y tampoco se disuelve en los ácidos ni en los álcalis; carac-



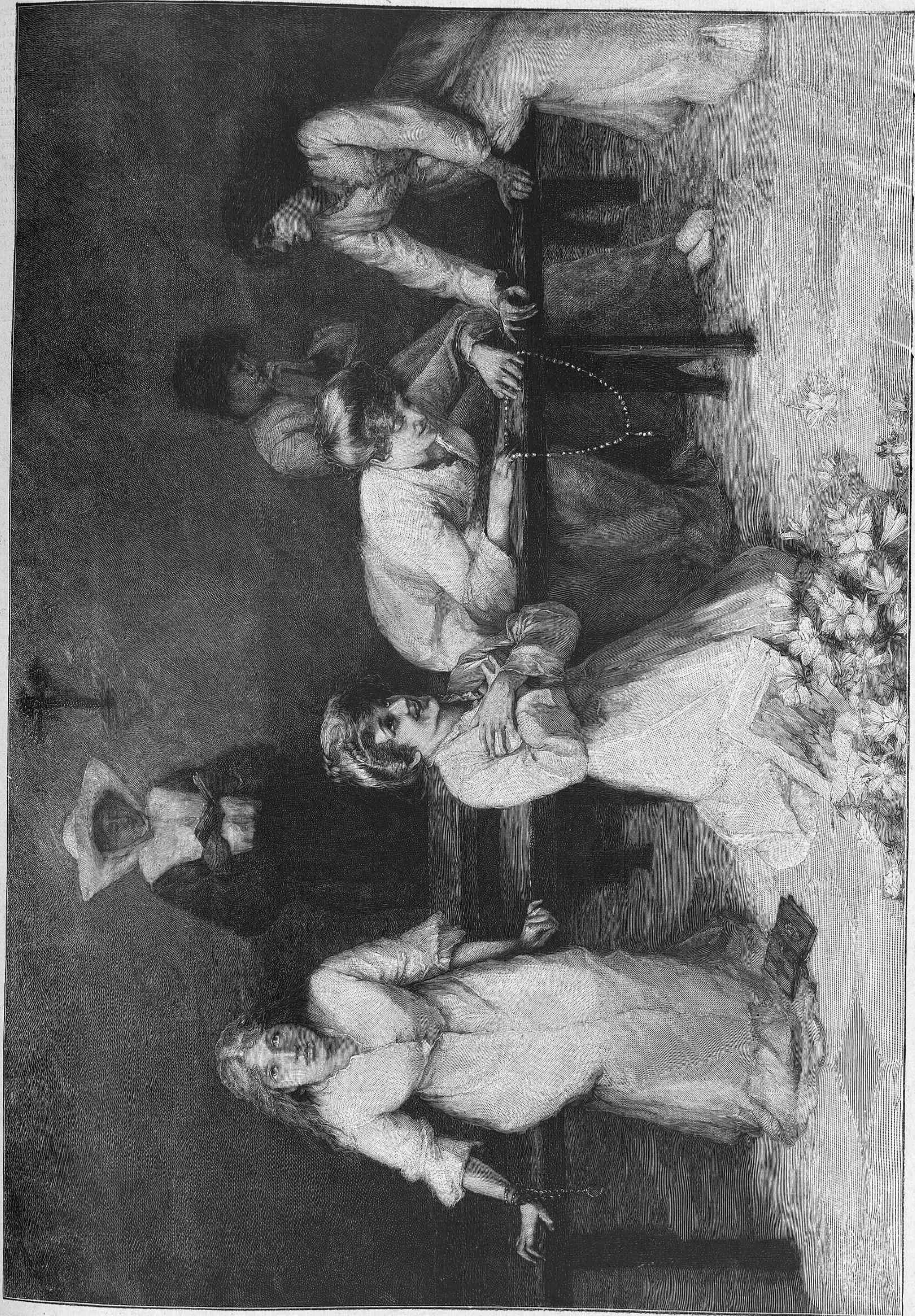
El eminente poeta catalán D. Angel Guimerá
autor del drama sacro *Jesús de Nazareth* (fotografía de Audouard)



CONTRASTES DE LA VIDA, cuadro de G. Mantegazza



LA FE CONDUCIENDO A LA INMORTALIDAD LAS VÍCTIMAS DEL DEBER
grupo alegórico, de 6 metros, que corona el «Mausoleo á los bomberos» próximo á erigirse en la ciudad de la Habana.
Escultura de Agustín Querol



EN LA CASA DE ORATES, cuadro de Attanasio

terízase el estroncico por su menor peso específico, y aunque muy poco, es algo soluble en el agua, tanto que alguna vez puede emplearse como reactivo, y en cuanto al tercero, además de ser todavía menos denso, constituye un cuerpo tan blando que se raya con la uña y se disuelve en el agua lo bastante para ser reactivo y con sus disoluciones pueden caracterizarse el bario y el estroncio, en cuanto precipita en blanco sus disoluciones salinas, en seguida tratándo-



Luis Kossuth á la edad de 35 años
Copia de una litografía anónima

se del bario y al cabo de algún tiempo en el caso del estroncio. Los caracteres dichos son de bastante bulto y al punto pueden apreciarse, y conforme á ellos y atendiendo especialmente al de la solubilidad en el agua, el yeso es el sulfato que más parece acercarse á los sulfatos alcalinos, siendo de notar cómo el de bario y el de estroncio son excepciones, porque ya los sulfatos de magnesio y aluminio se disuelven muy bien en el agua. El hecho, sin descender á otros pormenores que no son de este lugar, parece apoyar de modo decidido la tesis aquí sustentada, porque la serie, al menos en cuanto á los sulfatos, parece interrumpida por una cualidad importantísima, inherente á las funciones químicas del elemento metálico, en la sal que lo contiene como parte integrante suya, indispensable para que el equilibrio químico permanezca en determinado estado y en las adecuadas condiciones, dadas sin duda alguna por toda la serie de relaciones que se establecen entre las energías propias de los componentes de la sal. Resulta, pues, de



Luis Kossuth á la edad de 50 años

cuanto va dicho que si bien los individuos de una familia ó grupo de metales puedan estar bien definidos y caracterizados, su conjunto, en lo que á las propie-

dades químicas se refiere, es susceptible de representar un estado de transición en el trabajo de la energía.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

NUESTROS GRABADOS

La dueña de la quinta, cuadro de Francisco Masriera. - Bella y elegante, sirviéndole de marco y de fondo las flores y los árboles del jardín, realizados sus naturales atractivos por el agradable conjunto de su figura y del sencillo traje que viste, tal nos presenta á la dueña de la quinta el distinguido pintor Masriera, que en este lienzo, como en todos los que produce, imprime el sello del buen gusto y de la distinción.

Pintado al aire libre y sin más medios ni recursos que los que la naturaleza ofrece, ha sabido el artista ejecutar una obra en extremo agradable, hallando ocasión para dar muestra de su habilidad y maestría, así en la figura como en el todo que la embellece.

Este cuadro forma hoy parte de la galería que posee el distinguido aficionado y excelente médico doctor Robert.

Santander. Segunda explosión del «Cabo Machichaco.» - No repuesta todavía de la horrosa catástrofe del 2 de noviembre, la ciudad de Santander llora hoy nuevas desgracias, tanto más horribles cuanto más inesperadas. A pesar de todas las seguridades que se daban á los santanderinos, á pesar de todos los informes técnicos, á pesar de todos los optimismos, á las nueve y cuarto de la noche del 21 de marzo último una detonación pequeña seguida de otra espantosa hicieron conmovir los edificios de la ciudad y pusieron en movimiento á toda la población, que aterrorizada corrió al muelle de Maliaño. El funesto *Cabo Machichaco* había producido nuevas víctimas; las materias explosivas encerradas aún en el barco sumergido habían hecho explosión cuando menos lo esperaban, aunque algunos lo temían, los que en cumplimiento de su deber trabajaban en las dragas y grúas ó buceaban para ir extrayendo del fondo del mar restos del buque y de su carga.

El número de muertos se cree que es de ventidós y el de heridos no llega quizás á otros tantos: comparadas estas cifras con las de la primera explosión podrán parecer relativamente pequeñas, y sin embargo en sentir de todo el mundo la catástrofe resulta más terrible por haberse producido cuando los que podían y debían saberlo aseguraban que era poco menos que imposible y calificaban de alarmistas á los que manifestaron temores que por desgracia la realidad vino á confirmar.

Las vistas que reproducimos y que dan perfecta idea de los efectos de esa explosión, nos han sido remitidas por D. Pascual Urtasun, distinguido fotógrafo de Santander, á quien agradecemos profundamente la atención que con nosotros ha tenido.

El eminente poeta catalán Angel Guimerá. - La personalidad del inspirado poeta ha ido cobrando proporciones á medida que los años transcurren, sin que se note decaimiento en sus concepciones, á pesar de la pujanza que cada una de ellas revela.

Cuando en los Juegos Florales celebrados el año 1875 presentó su preciosa poesía *Indibil y Mandoni*, revelóse ya poeta, pero poeta de alientos, y tan original y nuevo que arrancó la lectura de la composición aplausos de sorpresa y admiración á uno de los más notables poetas catalanes de nuestros días, quizás entonces su rival en el palenque poético. En pos de *Indibil y Mandoni* siguió una grandiosa composición, *Cleopatra*, poema en tres cantos, y más tarde *L' any mil*, en el que trazó magistralmente el apocalíptico espectáculo del terror milenar, el ocaso del sol que los pueblos creían el último y la alborozada sorpresa del nuevo día. *Las Crehuadas*, *Lo pas del mar Roig*, preludio de la pasión del poeta por los asuntos bíblicos, y *Agonia*, *Elegiaca*, *L' Arch de Bará*, *Lo Colón* y otras más fueron trazadas con igual valentía, con la misma potente fibra con que se reveló el poeta. En 1877, *Lo darrer plany d' en Clari* valióle un nuevo premio en los Juegos Florales y el título de maestro en Gay Saber.

La mort d' en Jaume d' Urgell es otra de sus bellas producciones, en la que más pueden adivinarse su práctica y facilidad para la versificación.

Con la tragedia *Gala Placidia* estrenóse Guimerá en las tablas en 1870; tras *Gala Placidia* siguió *Judith de Welb*, *Mar y cel*, vertida al castellano después y representada en Madrid con extraordinario éxito, y *Rey y monjo*, tragedias también que por la grandiosidad de su plan, por la sublimidad de sus conceptos y la fibra de sus versos han colocado á su autor en el pináculo del moderno renacimiento literario de Cataluña.

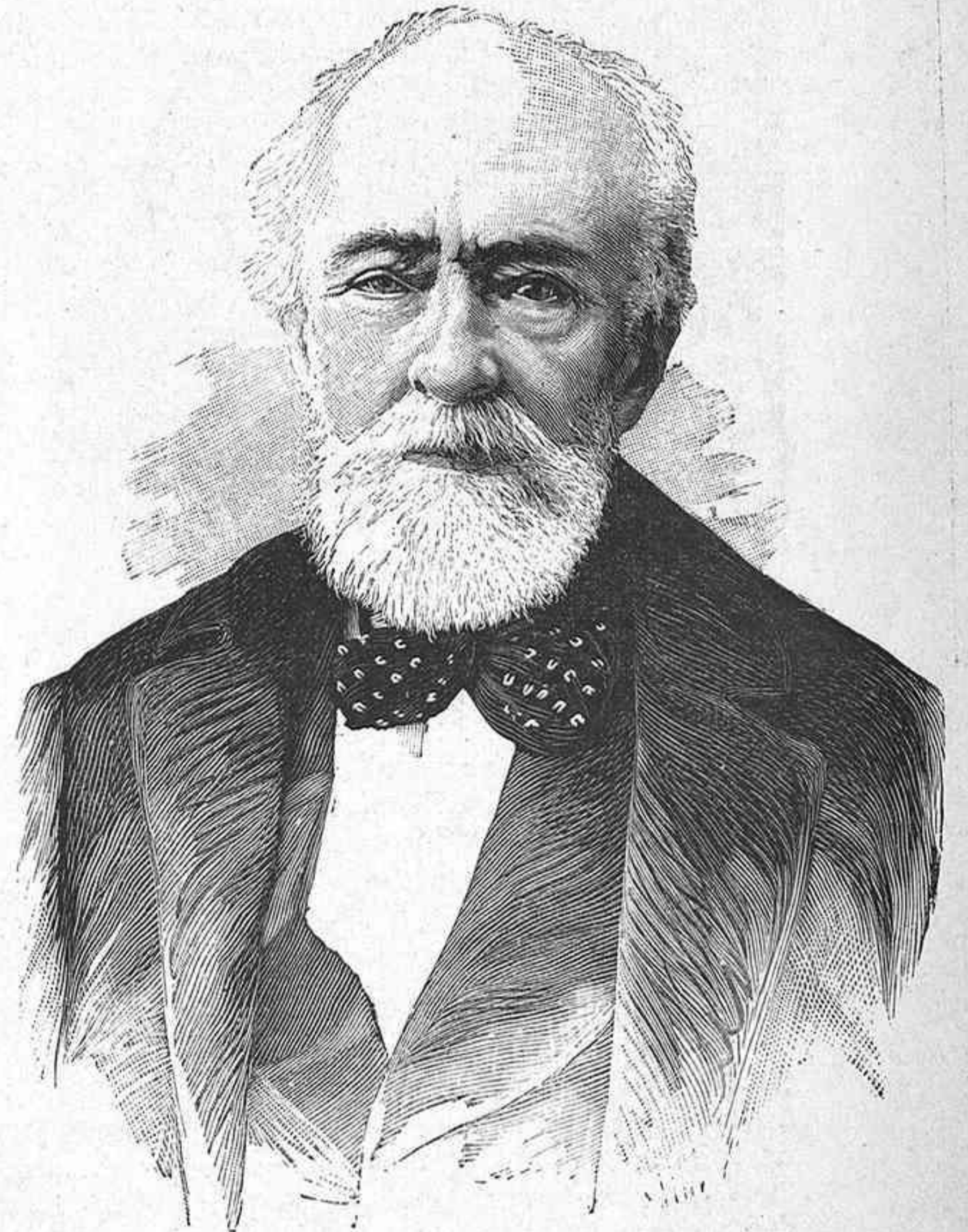
La Boija y el drama sacro *Jesús de Nasareth*, estrenado recientemente con singular éxito, son sus últimas obras, de cuya importancia y mérito nos hemos ocupado oportunamente.

Tal es á grandes rasgos la biografía del gran poeta catalán, de quien puede decirse, conforme escribió uno de nuestros primeros críticos, que «así como Núñez de Arce es el único que conserva las resonantes cuerdas de bronce entre los castellanos, nuestro poeta es ya entre los catalanes el único que halla el grito que va recto al alma y el latigazo que levanta al más indiferente.»

Contrastes de la vida, cuadro de G. Mantegazza. - Así como para apreciar los resultados de la luz es preciso concebir las tinieblas, lo bello para que despierte más la impresión que nos produce debe tener como contraste lo que asuma caracteres de repulsión. En la vida humana existen continuos y múltiples contrastes. Junto al ser bondadoso hallamos al malvado, codeándose con la belleza la repugnante deformidad, al lado de la virtud el vicio; manifestándose tan opuestos extremos hasta en las sensaciones que experimentamos, ya que para poder apreciar la intensidad del frío es preciso conocer el calor, no pudiendo aquilatar el valor de la felicidad hasta conocer los desastrosos efectos de la desdicha.

Esta es, indudablemente, la idea que ha tratado de representar en el lienzo el artista. Una joven desposada que acompañada del que es ya su esposo, deudos y amigos, sale del templo en donde acaba de unir su suerte á la del hombre por ella escogido para compañero de toda su vida, y preséntase satisfecha, bella y sonriente, en tanto que al pie de la escalera y en medio de un grupo también de amigos, otra joven, no menos hermosa, oculta sus sollozos, ahoga sus lágrimas llorando una esperanza frustrada, una ilusión concebida ó quizás una infidelidad comprobada y sin posible reparación.

La Fe conduciendo á la inmortalidad las víctimas del deber, grupo alegórico, de seis metros, que corona el Mausoleo á los bomberos próximo á erigirse en la ciudad de la Habana, escultura de Agustín Querol. - Vivo está todavía el recuerdo en la capital de la isla de Cuba del horrible incendio que en breve espacio de tiempo destruyó uno de sus



Luis Kossuth, á la época de su muerte

mejores establecimientos, cual lo era el del Sr. Isasi, y latente está aún el de aquellos modestos héroes que en el cumplimiento de su deber, en el afán de aminorar la cuantía del desastre, perdieron sus vidas. La Habana no podía olvidar á los veintiocho mártires que formando parte de la brigada de bomberos sucumbieron abrasados por las llamas del voraz elemento, y como muestra del sentimiento respetuoso de un pueblo, concibióse, ya á raíz del suceso, el proyecto de erigir un suntuoso mausoleo, en el que se guardasen las cenizas de los héroes, sirviendo á la vez de monumento conmemorativo de su heroicidad.

Abrióse al efecto un concurso universal, cabiendo á nuestro distinguido amigo el escultor Agustín Querol la gloria de obtener el premio y la consiguiente ejecución del monumento mausoleo, cuyo boceto publicamos en el número 520 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, correspondiente al 14 de diciembre de 1891. A la galantería del laureado artista debemos la ocasión de publicar hoy el grupo alegórico que sirve de digno remate al monumento, ejecutado ya en mármol, representando el ángel de la Fe sosteniendo en sus brazos el cadáver de un bombero para conducir su alma á la gloria bajo el amparo de la cruz, inspirada creación del artista tortosino, en quien se observan los alientos de los escogidos para cultivar el gran arte.

En la casa de orates, cuadro de Attanasio. - Ese conjunto abigarrado de tipos de seres que fueron, esa reunión de individuos que ayer pensaron y discurrieron razonablemente, descollando algunos de ellos por sus virtudes ó su ingenio, á quienes la sociedad compadece y la ciencia atiende, ha tratado de representar el artista. Y cuenta que ha sido afortunado en su empeño, pues en los rostros y en las actitudes de las desgraciadas locas que figuran en el lienzo representadas, obsérvase el sello de la verdad recogida del natural, recuérdase el penosísimo cuadro que ofrecen al visitante esas casacas de curación llamadas manicomios, cuyos umbrales se trasponen con el ánimo contristado y el corazón oprimido ante el espectáculo de tanta desgracia reunida, de tanta razón perturbada por el choque violento de pasiones, por calamidades no presentadas, por amarguras no soportadas, que suelen ser origen de tan fatal desequilibrio.



— Nada tema usted, señora, replicó Teresa sarcásticamente; no deseo interrumpir la galante conversación de ustedes...

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Teresa había tenido tiempo de borrar las huellas de sus lágrimas y estaba impasible. Recibió á su marido con la misma serena gravedad con que ya empezaba á acostumbrarse á disimular la agitación de su espíritu; pero esta aparente serenidad, lejos de atenuar la turbación de Santiago, la hizo todavía más penosa y más visible. No sabía disimular, y su turbación no escapó á la solicitud cariñosa de su madre ni á las maliciosas investigaciones de la hermana. Se esforzó, sin embargo, en fingir tranquilidad, y este esfuerzo no hizo más que aumentar su tormento. Fuéle preciso para salvar las apariencias, preguntar á su madre y

á su hermana acerca de lo que habían hecho toda la tarde, é informarse hipócritamente de hacia adónde habían ido de paseo.

— Hemos ido á San Juan, contestó Cristina; ha sido una mala idea, porque en el hotel donde queríamos haber refrescado había muy mala concurrencia, á lo que parece, y Teresa misma, á pesar de sus aficiones á Niza, ha tenido que pronunciarse en retirada...

Mientras la beata se complacía en referir este incidente del paseo, Santiago cambiaba de color y no se atrevía á levantar los ojos, de miedo de que se cono-

ciera su turbación. Pero si él no miraba a ninguna de las mujeres, su madre y su hermana no separaban de él los ojos. Cristina había notado muy pronto su actitud embarazosa, y observándole, pensaba: «Aquí pasa algo extraño, y ciertamente a Santiago le pesa algo en la conciencia. ¿Será infiel a su mujer?» Esta suposición regocijaba a la mojigata y una sonrisa equívoca se dibujaba en sus labios descoloridos.

Lechantre, comprendiendo la turbación de Santiago y los sufrimientos de Teresa, hacía grandes esfuerzos de ingenio para distraer a la vieja y a la beata, y gracias a él pasó la noche sin ningún incidente doloroso. El día siguiente se renovó el suplicio de Santiago, obligado a consagrar por completo a su familia las horas últimas en que había de estar en su casa la pobre madre. Iba de un lado a otro como alma en pena, procurando evitar las ocasiones de encontrarse solo con Teresa; pero por más que lo procuraba no lo conseguía, porque Teresa iba y venía también haciendo sus preparativos de viaje. Estos preparativos, los cajones de las mesas vacíos, los paquetes de objetos de uso de la buena esposa, eran señal segura de un viaje definitivo... Santiago no podía menos de experimentar una dolorosa emoción. El rostro de su mujer le parecía que sólo expresaba en aquellos momentos el más humillante desprecio. La comedia que se veía obligado a representar delante de su madre y su hermana le humillaba y degradaba a sus propios ojos. Deseaba que acabase el día y al mismo tiempo lo temía, pensando que el siguiente, el de la despedida, había de ser mucho más penoso. Estas angustias, estos remordimientos, estas preocupaciones le habían puesto febril. Parecía que su corazón no latía con regularidad, sentía algún acceso de sofocación, y este malestar físico, unido a los sufrimientos morales, le trastornaba profundamente. Desahogábase irritándose con su hermana. Y la madre, asombrada de las salidas de tono de su hijo, levantaba tímidamente los ojos para mirar a su Benjamín, a quien no reconvenía, y alarmada al verle pálido, casi lívido, exclamaba:

— Pero ¿qué tienes, hijo mío?... ¿Te sientes malo?... ¿Por qué estás de tan mal humor? ¿Es que te contraría el viaje de Teresa con nosotras? Pues no vendrá si tú no quieres. Háblame francamente, porque en otro caso acabaré por creer, como cree Cristina, que nos ocultas algo muy grave.

Santiago, avergonzado de su poca fortaleza, procuraba tranquilizar a su madre con palabras de ternura filial y caricias; pero en sus protestas y en sus demostraciones de cariño había algo de forzado y exagerado que demostraba evidentemente lo mismo que negaba; y la amorosa madre movía la cabeza y no podía desear la idea de que a su hijo le pasara algo extraordinario.

Cristina, a su vez, vengábase del mal humor con que la había hablado y reprendido Santiago, llevando aparte a Teresa y murmurando en un tono pérfidamente cariñoso:

— Vamos, Teresita, no me lo niegues... Tú y mi hermano habéis reñido...

Teresa se estremecía y contestaba secamente:

— Tú sueñas... Y es porque tienes mucha imaginación.

Y Cristina contestaba algo picada:

— No, no tengo imaginación, pero tengo buena vista, Dios me la conserve, y veo que no estáis Santiago y tú tan contentos y satisfechos como estabais antes... Pero no tiene nada de particular; cada uno tiene en este mundo que llevar su cruz, y ya había yo predicho que el entusiasmo de vuestro amor no duraría mucho.

Por fin terminó aquel penoso, y como penoso larguísimo día, y el siguiente Santiago y Lechantre acompañaron a las viajeras a la estación. Los instantes que precedieron a la partida fueron también muy penosos. La anciana llevaba, sin poder desearlos, negros presentimientos. Teresa, firme en su legítima indignación y en no perdonar, no podía menos de pensar con amargura que ya no sería dichosa jamás, y Santiago, en el momento de recobrar la tan codiciada libertad, sentía miedo. Preguntábase con terror si esa misteriosa Nemesi, que está latente en el fondo de todas las cosas, no le castigaría por su deslealtad, por su odiosa conducta con la honradísima esposa... Santiago se consideraba más culpable porque tenía conciencia de su infamia. Y los tres, la madre, el hijo y la esposa, se esforzaban en ocultar su propio tormento... Lechantre, que estaba en el secreto, sentíase profundamente conmovido y no sabía ya cómo distraer con su buen humor tan grande tristeza.

— No se apure usted, señora, decía a la vieja, y esté usted alegre y confiada, que Santiago volverá a París hecho un tudesco, rollizo y gordo... Yo me quedo en Niza, y estando yo aquí no corre peligro.

Inmóvil, un poco separado del grupo, Santiago contemplaba maquinalmente el espectáculo de la estación con su tumultuoso ir y venir de viajeros. A pesar suyo, recordaba las sensaciones que había experimentado en aquel mismo sitio tres semanas antes, cuando partió Teresa para París... Todo presentaba el mismo aspecto; el mismo paisaje verde y bañado de sol al extremo de la gran nave de la estación; los mismos gritos de los vendedores y de los empleados del ferrocarril; la misma indiferencia sonriente de la vendedora de libros y periódicos delante de su kiosco; el mismo ruido de las portezuelas, y el mismo grito repetido: «¡Señores viajeros, al coche!»

Santiago sintió latir violentamente su corazón, y un acceso de sensibilidad le llenó los ojos de lágrimas. Abrazó a su madre y luego a Cristina; y a su mujer, cogiéndole la mano sin que ella pudiera impedirselo, le dijo:

— ¡Teresa! ¡Teresa!

Tentado estuvo de añadir: «¡Quédate! ¡No te vayas!» Pero al mismo tiempo que ella le miraba tristemente, la imagen hechicera de Mania se interpuso entre él y la esposa ofendida, y no se sintió con fuerzas para pronunciar aquella súplica salvadora. Con voz ahogada se limitó a murmurar:

— ¡Perdóname!

Ella adivinó, sin duda, la lucha que sostenía su marido entre el deber honrado y la pasión criminal, y con una mirada despreciativa, contestó:

— ¡Adiós! Me das lástima.

Y altiva, impasible, subió al vagón. Solamente cuando el tren se puso en marcha, mientras que la señora Moret, asomada a la portezuela, saludaba otra vez a su Benjamín agitando el pañuelo, Teresa estalló en sollozos...

La misma tarde, a las cinco, fiel a su promesa, Santiago, pálido y agitado todavía, entraba en el salón de la baronesa Liebling.

Mania estaba sola. Se adelantó a darle la mano, y con la sonrisa en los labios y con la mirada fija, le interrogó silenciosamente:

— Mania, dijo Santiago, acercando su boca al oído de la baronesa, acabo de romper con mi pasado y soy completamente libre; es decir, no soy libre, porque pertenezco a usted en cuerpo y alma.

Y ante aquella mujer que le seducía y le fascinaba, olvidó el infiel marido sus últimos remordimientos.

XV

— ¡Christos vaskrees! ¡Cristo ha resucitado!

— ¡Voistinu vaskrees! ¡Ciertamente ha resucitado!

Se celebraba la Pascua rusa en casa de la princesa Koloubine. Todos los tertulios de la villa Endymión repetían esta piadosa salutación sacramental y abrazaban sucesivamente a la dueña de la casa, en la entrada de uno de los salones, transformado para esta solemnidad en comedor. Los ángulos del salón tapizado de seda amarilla estaban decorados de plantas; azaleas, rododendros, tilos. En el centro, sobre una ancha mesa cubierta con manteles bordados de rojo, había gran número de cubiertos separados unos de otros por flores y rodeando platos bien surtidos de los más exquisitos fiambres; galantina, foie gras, lenguados del Volga, y en medio la enorme torta pascual y el tradicional cochinillo en leche, en gelatina. A un lado y otro del salón había mesas pequeñas igualmente servidas, y un magnífico aparador contenía toda la colección de *zakouski* (entremeses) tan del agrado de los *gourmets* moscovitas, así como también botellas de licores y de champagne. Cada nuevo visitante, después de haber abrazado a la señora de la casa, sentábase a comer y beber todo lo que tenía gana, mientras los camareros vestidos de rigurosa etiqueta servían silenciosamente. La nítida blancura de la mantelería rusa armonizaba suavemente con la palidez de las rosas y el brillo del servicio de plata. La fragancia de las lilas mezclábase con el apetitoso olor de los manjares fuertemente aromáticos y con el aroma anisado del *Kummel*. Los convidados de cierta edad se sucedían alrededor de la mesa grande central, donde su apetito hallaba copiosísima satisfacción; la gente joven prefería las mesitas separadas. En éstas se contentaban los comensales con pastas, te y champagne, pero se reía y se murmuraba de lo lindo.

Y no cesaba de oírse:

— ¡Christos vaskrees!

— ¡Voistinu vaskrees!

Y seguían los abrazos.

Allí estaba la flor y nata de la colonia rusa. Morena, la tez mate, los ojos negros como moras, la hermosa señora Nicolaides, vestida de rojo, aturdía el salón con sus risotadas; sentada enfrente del viceconsul la rubia condesa Nadia de Combrieres, mostraba con gran desembarazo por bajo del escote de su vestido algo más que la espléndida garganta; luego, acá y allá, antiguos conocidos nuestros; la baronesa Pepper y su fiel amigo Jacobsen; Flaminio Ossola yendo de grupo en grupo y besando obsequiosamente la mano a las damas; la señora Acquasola, reponiéndose de las emociones de la ruleta, ante un buen trozo de cochinillo y una copa de legítimo Roederer. Sonia Nakwaska estabábase en la entrada del salón, aprovechando viciosamente la solemnidad pascual para que la abrazaran. Tiritando de frío en su traje de damasco heliotropo, la friolera señora Nakwaska se había sentado junto a la chimenea, y miraba cómo comía la señora Acquasola, siguiendo los menores gestos de ésta con la envidia de una mujer a quien la gastritis ha condenado a dieta.

— ¡Feliz usted, condesa, que tiene tan buen apetito! Yo, decía con su voz gangosa, no tengo estómago más que para jugar... ¿Cómo encuentra usted el cochinillo?

— Exquisito, Ana Egorowna, muy sabroso, respondía la otra con la boca llena.

— Déme usted gracias, amiga mía, porque a mí lo debe usted. Si yo no hubiera estado aquí nos quedamos esta Pascua sin el indispensable cochinillo. El cocinero había corrido toda la ciudad sin encontrar uno; mi hermana estaba desolada; pero en cuestiones de estas de compras y cocina, mi hermana no entiende una palabra...; no conoce más que los grandes restaurants, donde muchas veces no se encuentra lo más preciso. Hice enganchar, viendo su apuro, y fui al campo a buscar lo que nos hacía falta, y del campo, de casa de unos pobres labradores, traje ese animal vivo... Y sepa usted que antes de sacrificarlo le corté unos pelitos del rabo que guardo en el fondo de mi portamonedas. Dicen que ese es un amuleto poderoso, y mañana iré a Monte-Carlo a poner cien francos al cero...

La señora Nakwaska reía con su risa cargante, mirando detrás de los cristales la fila de coches. En las avenidas recientemente enarenadas se veía cómo los *cupés* y los *landaús* subían al paso las rampas. Aunque era 13 de abril el mistral soplabá y los macizos de olivos azotados por el viento destacaban su hojarasca plateada sobre el azul pálido del cielo. Los visitantes se apeaban de los coches envueltos en sus grandes gabanes de cuello alto, y las señoras con sus abrigos de pieles se precipitaban en el vestíbulo, muertas de frío. A cada momento el criado anunciaba nuevas visitas. Entre los últimos que llegaron estaban Santiago Moret y Francisco Lechantre.

A pesar de sus prudentes reflexiones, este último, que había ido a Niza con intención de estar muy poco tiempo, llevaba ya dos meses en aquella ciudad. Había dejado partir el yate de su amigo. Todos los días decía que se marchaba y todos los días aplazaba su viaje con el pretexto de hacer compañía a su discípulo. Realmente, el intrépido paisajista experimentaba como todos la seducción de los placeres de Niza, y los ojos del diabólico monaguillo, vuelto a su condición de traviesa ramilletera, le tenían encadenado al litoral. El gran maestro era un niño, a pesar de sus sesenta años cumplidos, y en aquel medio tan animado de alegría y despreocupación estaba encantado el viejo creyéndose joven. Además había descubierto en los alrededores muchos sitios que copiar, y como tenía desarrollada la hermosa afición al trabajo en alto grado, aunque se divertía mucho, todavía le quedaba tiempo para trabajar. Solamente algunas veces, advirtiendo en Santiago un estado psicológico alarmante, asaltábanle escrúpulos, con accesos de rigorismo, y durante algunas horas tronaba contra la influencia morbosa y enervante de aquella ciudad que llamaba la Capua moderna. Y entonces juraba y perjuraba que iba a hacer la maleta y se volvería a París si Santiago no quería acompañarle; pero bastaba una hermosa puesta de sol sobre el mar, ó una cena con la ramilletera, ó un paseo entre los limoneros en flor de Beaulieu para inclinarle a la indulgencia y sumirle en una beatitud epicúrea. Habiéndose constituido *in petto* en mentor de su discípulo, había vencido su repugnancia a frecuentar la sociedad. Su comunicativa verbosidad, sus rasgos de ingenio, sus anécdotas artísticas y su constante buen humor eran muy celebrados en los salones a que le llevaba Santiago. Este había tomado afición al gran

mundo. Se le encontraba en todas las reuniones de la colonia rusa y especialmente en casa de la princesa Koloubine. Pero, lo contrario que Lechantre, no se distinguía por el buen humor ni por la amabilidad. Parecía dominado por un penoso hastío, y se hastiaba en efecto. Sólo se animaba su semblante en presencia de Mania. Su intimidad con el pintor no había modificado del todo la manera de vivir de la baronesa. Seguía siendo una mujer del gran mundo, y contra lo que esperaba su amante, el amor no le había inspirado ni el deseo de aislamiento ni el de renunciar á los éxitos de coquetería y de elegancia á que estaba acostumbrada. Al corresponder á la pasión del artista no había querido romper con sus relaciones en el mundo ni con sus costumbres. Había conservado sus horas de recibir, hacía visitas diariamente, y no faltaba á un baile, concierto ó espectáculo. En medio de sus cotidianas diversiones, en aquella vida tan ocupada, apenas podía conceder algunos momentos de intimidad al hombre amado. Santiago quejándose de esto algunas veces. Mania le oía con su burlona sonrisa habitual y contestaba con acento zalamero:

— Eres un niño, hijito; permíteme que te lo diga. ¿Porque te amo me he de enterrar en vida? Si hubiese cambiado súbitamente de costumbres, como deseas, y despidiera á mis amigos y no volviera á ningún salón, no dejaría de notarse este cambio singular en mi modo de ser, y se buscaría la explicación, y averiguando que sólo recibía en casa al famoso pintor, pronto se tendría la solución del problema. Sería lo mismo que poner un cartel en la puerta que dijera: «María Liebling tiene un amante.» Con tus ideas de artista, no sabes qué prudencia y qué cautela necesita una mujer que vive en el mundo... Y vamos á ver, ¿de qué te quejas?.. ¿No nos vemos, aunque yo reciba y haga visitas? ¿No vas tú á los salones que yo frecuento y en todas partes no nos vemos todos los días? Ingrato, ¿no experimentas el placer que yo en esa discreta reserva que nos imponemos, en ese misterio que oculta nuestro amor á los curiosos y maldicientes?.. Cuando nos encontramos en los salones, en lugar de enojarte viendo los moscones que me rodean y que me fatigan, deberías considerarte dichoso, pensando: — «Sólo á mí me ama.» Debes, en fin, persuadirte de que esos obstáculos y esas que tú consideras contrariedades dan mucho más sabor y calor á la pasión, que acaso pudiera enfriarse en la monotonía de continuas entrevistas á solas.

Pero Santiago no se persuadía de tal cosa. Había soñado una intimidad más estrecha, más constante. El, que en sus ansias de amor hubiera querido llevarla á la soledad de una mansión ignorada, no se avenía de buen grado á la promiscuidad mundana, á la serenidad con que la baronesa consagraba á las exigencias sociales la mayor parte de su tiempo. Ella había querido que fuera exclusivamente suyo, y él creía una injusticia que ella no se consagrara á su amor también exclusivamente. Las citas aplazadas á última hora; el hotel de la calle de la Paz siempre lleno de visitas cuando Santiago llegaba ávido de una hora de tiernas expansiones; las jiras y las fiestas en que veía á Mania rodeada de adoradores á quienes prodigaba sus sonrisas; todas estas contrariedades que no había previsto le producían un efecto penosísimo y le ponían de un humor muy negro. El *Ecclesiastes* tiene razón: «Todo no es más que vanidad y tormento del espíritu bajo el sol.» Cuando hemos realizado nuestros más bellos sueños, se disuelven en nuestras manos como nieve y se deslizan con la rapidez del agua. Solamente la ilusión nos produce alegrías puras. Las delicias de la pasión que, de lejos, le parecían al artista semejantes á un paraíso encantado, ¿qué eran bien analizadas? Muchas horas de ansiedad seguidas de mortales incertidumbres; breves momentos de voluptuosidad amargados por el presentimiento de su corta duración; largos días enervantes en que se lamenta lo fugaz del placer..., y se ansía volver á sufrir las mismas inquietudes, las mismas dudas, las mismas zozobras... Estos eran los frutos de un amor criminal por el que había sacrificado á Teresa, y al que se aferraba obstinadamente esperando siempre vencer las resistencias de Mania y ser dueño absoluto de su corazón, su tiempo y su vida.

Y estas violentas sensaciones y estas continuas emociones empezaban á comprometer su salud. Quien, después de unos meses de ausencia, le hubiera visto entrando en el salón de la princesa Koloubine no hubiera podido menos de notar con asombro el cambio que se había operado en su fisonomía. Parecía más viejo, y en sus ojos se advertía su constante estado febril; estaba pálido, y sus labios tenían una lividez azulada. Por la más leve contrariedad, el artista se exasperaba, y cuando se abandonaba á estos accesos de ira, los latidos de su corazón eran tumultuosos, intermitentes, y la opresión que sentía, casi le impedía la respiración.

Aquel día había asistido á las ceremonias de la iglesia rusa y visto á Mania, pero sin poder hablar con ella. Inmediatamente después del almuerzo hizo á Lechantre acompañarle á la villa Endymión, esperando encontrar allí otra vez á la baronesa. Después de saludar á la princesa, se había aislado junto á una ventana, y desde allí, indiferente á la conversación de los demás, miraba con impaciencia á la galería de comunicación entre el salón donde se servía el *lunch* y el de entrada. Cerca de esta galería estaba la princesa en pie, imponente, con su traje de terciopelo negro, tendiendo la mano á dos tertulios que llegaban. Colocada en aquel sitio los veía venir, y en su fisonomía se dibujaba una sonrisa más ó menos cordial y expresiva, según la importancia ó el rango de la persona anunciada. Santiago estudiaba atentamente las variaciones de aquella sonrisa, queriendo leer anticipadamente la satisfacción producida por la llegada de Mania, que era la predilecta amiga de la princesa. Súbitamente vio Santiago en los labios de aquella dama tan viva expresión de amable y cariñosa expansión, que su corazón le dijo: «¡Es ella!» y ya se dirigía á la galería para verla entrar, cuando se detuvo desagradablemente impresionado...

La persona á quien tan cordialmente recibía la princesa pertenecía al sexo feo. Era un buen mozo de treinta años, elegantemente vestido; un soberbio tipo eslavo en toda su varonil belleza; moreno, la nariz un poco gruesa, pero la boca finamente modelada sobre una rizada barba castaña; los ojos azules, grandes, atrevidos y luminosos. Besó galantemente la mano de la princesa, que le devolvió, á la moda rusa, su beso sobre la frente.

— Sea usted muy bien venido, amigo Sergio Paulovitch. Venga usted, que quiero presentarle á mis amigos.

Y tomando el brazo del eslavo, fué la princesa recorriendo los grupos de sus convidados, presentándole.

— El príncipe Sergio Gregoriew... Supongo que su nombre será conocido de todos ustedes. El príncipe es célebre en toda nuestra Rusia desde su expedición al Asia central. Ha recorrido las mesetas de la Mesopotamia y descubierto el túmulo de Nemrod... Príncipe, un día de estos ha de contarnos usted sus viajes.

El príncipe sonreía con un aire bonachón, saludaba, y continuaba llevando del brazo á la princesa sonriendo y saludando. Ya conocía Santiago estas presentaciones, ó mejor dicho estas exhibiciones. Recordaba haberse paseado también llevando del brazo á la princesa, y haber sido objeto de análogos pomposos elogios ante los amigos de la gran señora. Aunque ya sabía á qué atenerse relativamente á estos éxitos de curiosidad, no pudo menos de pensar que el interés que había inspirado tres meses antes estaba ya completamente agotado. El joven viajero ruso, de robustas espaldas y gran fachada, que había recorrido la meseta de la Mesopotamia, era ahora objeto de todas las miradas y de todas las conversaciones; era la *great attraction* del salón de la princesa, mientras él, el pintor á la moda, había descendido al nivel de Jacobsen ó de Flaminio Osola. Experimentó un ligero sentimiento de envidia al príncipe viajero. Para evitar estrecharle la mano, se alejó del aquel sitio, y fué á reunirse á uno de los grupos que ya habían recibido con grandes demostraciones de simpatías al príncipe.

Sentada ante un velador, la señora Acquasola, después de haberse atracado de fiambres y de pastas, acababa la digestión de su copiosa colación tomando te con Jacobsen, la baronesa Pepper y Sonia Nakwaska. Allí también se hablaba del recién llegado príncipe.

— ¡Oh!, exclamaba Sonia, mirando con el impertinente al príncipe Gregoriew, es un guapo mozo. Mania le conoció en San Petersburgo cuando pertenecía á la guardia imperial. Todas las damas de la corte estaban enamoradas de él, y la lista de sus conquistas era tan larga como la de las de D. Juan.

— Pues no faltan mujeres hermosas en Niza, insinuaba el doctor Jacobsen, y podrá añadir algunos nombres á su catálogo.

— Me parece, murmuró la señora de Acquasola, que ya ha empezado.

— ¿De veras?.., interrumpió la baronesa Pepper: ¿es usted acaso la primera que tiene que anotar en la lista?

— No, querida, no soy yo, que ya estoy mandada retirar. Hablo de una dama que es más hermosa que yo y que muchas.

— Su nombre, condesa..., que ya estoy impaciente de curiosidad.

— Su nombre es el de la baronesa Liebling.

— ¡Mania!.., exclamó Sonia. ¡Imposible! Esa es plaza tomada ya.

— Niña, replicó ingenuamente la condesa, cuando una plaza ha sido tomada una vez, bien puede ser tomada una segunda vez... Sabrás esto cuando tengas mi experiencia.

Esta alusión de la condesa á su experiencia divirtió mucho al grupo, y Jacobsen, con su sonrisa cargante, repuso:

— ¡Cómo, señora Acquasola! ¿Cree usted que ese infatigable viajero ha hecho ya un viaje á Citearea con la baronesa Liebling?

— No conozco el viaje de que me habla usted, contestó cándidamente la condesa; pero lo que puedo decir á usted es que Mania mira con mucha simpatía al príncipe. El viernes se encontraron en casa de la señora Nicolaides, y estuvieron hablando toda la noche; todo el mundo lo vio como yo. Y cuando la baronesa se despidió, el príncipe la ofreció el brazo para llevarla hasta su coche. De donde deduzco...

Sonia la tocó en el brazo; la joven le advertía que Santiago Moret se había acercado á la mesa y podía oír. La señora Acquasola se apresuró á decir muy alto:

— Solamente las personas maldicientes pueden interpretar las cosas de cierto modo... El príncipe es un cumplido caballero, y todo ello no fué más que un acto exquisito de cortesía.

— Condesa, observó irónicamente Jacobsen, es usted la lógica personificada.

Santiago se alejaba, pero todo la había oído, y como lava abrasadora los celos le quemaban el corazón. El viernes á que se refería la señora Acquasola, Mania le había escrito que no podría recibirle porque *una enojosa visita de cumplimiento* la obligaba á salir de casa, y ya sabía él, después de oír las indiscretas noticias de la condesa, cuál era la *enojosa visita*. Mania no le había dicho que iba á casa de la señora Nicolaides. Temía, sin duda, que él fuera también y la estorbaba en sus coqueterías con el príncipe Gregoriew. Santiago se consideraba ya suplantado por el héroe del día, y fusioso, se mordía los labios hasta hacerse sangre. Pensaba que aquella entrevista en casa de la señora Nicolaides había sido premeditada y era preciso que la conferencia hubiera sido muy larga é íntima para que todo el mundo estuviese ya enterado y la comentara maliciosamente. La cólera le ahogaba. Miraba con ira á la mesa de la condesa y sus amigos, y sentía impulsos de provocar á alguien.

— ¿Creen ustedes que me habrá oído?, preguntaba la condesa, viéndole alejarse.

— Señora, usted habla muy alto, y á no ser que ese artista sea sordo..., observó Jacobsen.

— Ya podía usted haberme prevenido.

— Señora, respondió el médico, fingiendo una ignorancia absoluta, ¿en qué pueden agraviar á ese joven las distinciones que dispensa la baronesa Liebling al príncipe?

— Sí, hágase usted de nuevas. ¿Pues no sabe usted que ese joven la adora y que por ella ha abandonado á su mujer?

— ¡Ah! Siento mucho que se haya enterado de nuestra conversación, y estoy por ir á decirle ahora mismo que no hay una palabra de verdad en esa historia.

— Sería un medio muy peligroso de remediar el mal. Déjele usted que se explique con su amada. Ella le convencerá mejor que usted... Y ahí la tenemos precisamente.

Mania, en efecto, acababa de entrar, hermosísima como siempre, llevando bizarramente un vestido de crespón China blanco, guarnecido de encajes. En cuanto Santiago la vio, dirigióse presuroso hacia ella, pero adelantóse el príncipe Gregoriew.

— *Christos vaskrees*, murmuró con voz suave é insinuante.

— ¡Oh, príncipe!, contestó Mania riendo, supongo que no pretenderá usted que le abrace. Yo, amigo mío, soy católica-apostólica-romana. Para mí, Cristo resucitó hace trece días y llega usted un poco tarde.

— Más vale tarde que nunca, insinuó galantemente Sergio Gregoriew.

— ¿Tiene usted empeño?.., repuso la baronesa en el mismo tono jovial. En ese caso no puedo negar este favor á un hombre que ha acampado entre el Tigris y el Eufrates, en el lugar mismo del Paraíso terrenal..., y... *Voistinu vaskrees*.

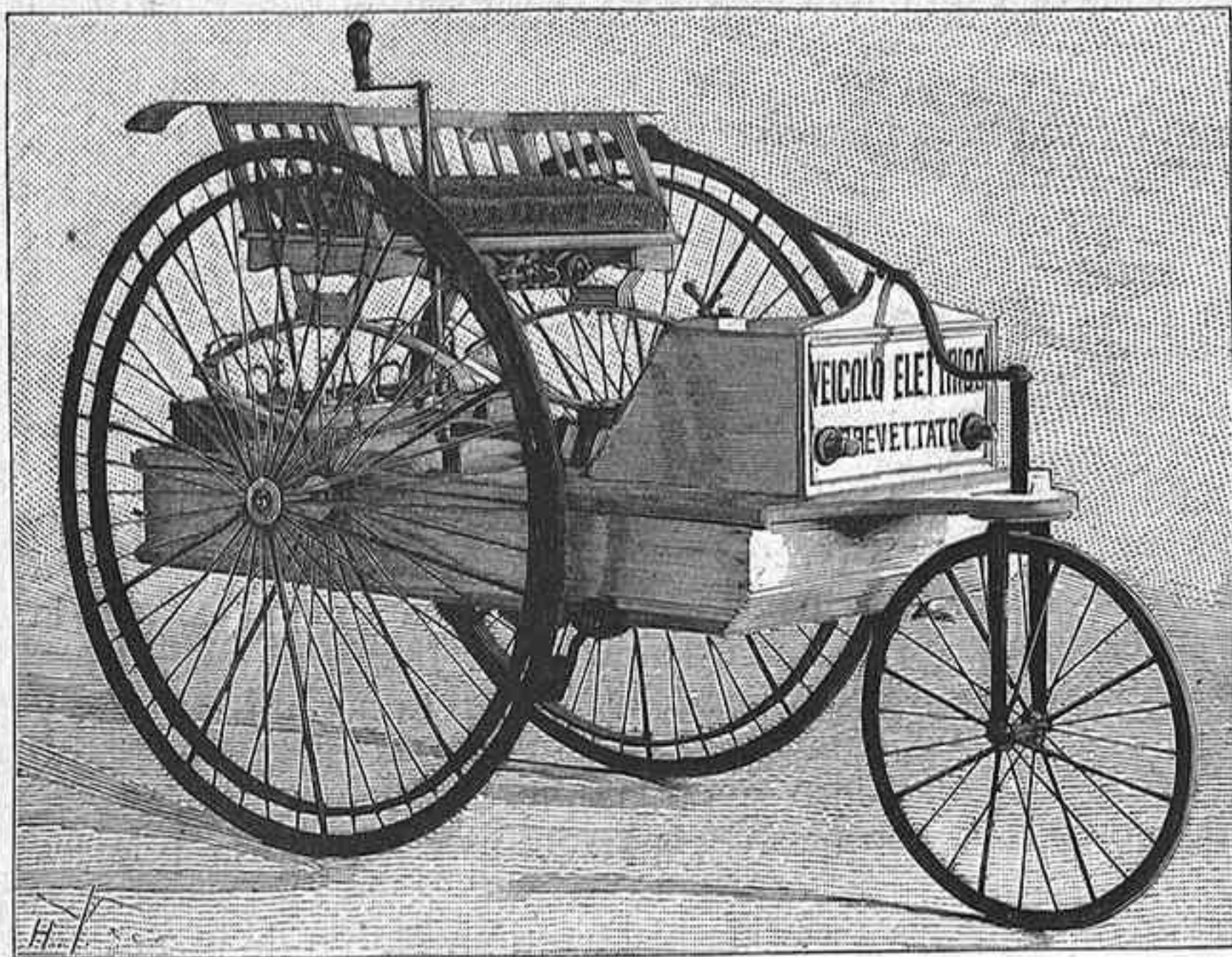
Al mismo tiempo inclinó la cabeza y el príncipe la besó respetuosamente.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL CARRUAJE ELÉCTRICO DE JOSÉ CARLI

Es actualmente objeto de las preocupaciones de los industriales y de los inventores en todos los países el asunto de los pequeños vehículos autónomos



Coche eléctrico de M. J. Carli (de fotografía)

que comienzan á circular por calles y caminos: el certamen abierto por una población parisiense hará sin duda que se reunan en la capital francesa todos los sistemas realizados para resolver el problema: vapor, gas, petróleo y electricidad producida por pilas ó almacenada en acumuladores. Esta última solución, la que, en nuestro concepto, presenta mayor porvenir en las grandes ciudades que cuentan con estaciones centrales de distribución de energía eléctrica, es la que, no obstante, respondió menos al programa trazado por dicha publicación, y del fracaso que forzosamente tendrá la electricidad en ese concurso no deberán sacarse deducciones sobrado prematuras ó demasiado absolutas.

Por lo general, no se utiliza un vehículo en caminos que tengan más de 100 kilómetros; para estos trayectos está indicado el ferrocarril; pero se recurre á un coche para hacer visitas, diligencias ó con otro objeto análogo por espacio de algunas horas, volviendo al punto de partida, y precisamente para este uso, para tales aplicaciones, que son las más numerosas, se impone el empleo de la energía almacenada en acumuladores eléctricos.

Lo cierto es que continúan haciéndose investigaciones en esta vía, y hoy podemos ocuparnos de un nuevo coche eléctrico, del que nos ha dado noticia el profesor G. Milani, de la universidad de Pavía. He aquí los párrafos más esenciales de su nota descriptiva:

«Este carruaje ha sido construido en Castelnuovo (Garfagnana), en el establecimiento de tejidos mecánicos de José Carli, diputado á Cortes. El vehículo eléctrico Carli está puesto en movimiento por medio de acumuladores; el tipo escogido por los inventores es el Verdier, porque posee gran capacidad específica y puede aguantar mejor las sacudidas inevitables en un vehículo destinado á andar por toda clase de caminos. La batería se compone de 10 elementos, cada uno de los cuales tiene una capacidad de 100 amperes-hora, ó sea de 200 wats-hora, con lo cual se dispone de 2 kilowats-hora. El modelo empleado pesa cinco kilogramos y contiene cinco placas; en las condiciones de suministro normal la batería da una corriente de cinco amperes, ó sea un ampere por kilogramo. Las placas están colocadas horizontalmente en una jaula de madera, sujetas en su sitio con barritas de ebonita y separadas entre sí por medio de un tejido de yute parafinado; todo ello va metido en cajitas de ebonita herméticamente cerradas con una tapadera de ebonita para que el líquido no pueda derramarse por efecto de las sacudidas.

»Los inventores han encontrado cierta ventaja en recurrir á un sistema de carga muy lento; á este efecto se valen de corrientes débiles, de veinticinco á treinta horas de duración, lo que permite hacer uso de pilas primarias. Esta circunstancia favorece el rendimiento así como el régimen de descarga de estos acumuladores, aun cuando las resistencias exteriores varíen sobre manera. Las pruebas hechas han demostrado que la descarga rápida no presentaba ningún inconveniente ni producía alteración alguna en las superficies positivas; únicamente el rendimiento disminuye de 97 por 100 á 63 por 100 si se pasa de uno á dos amperes por kilogramo de placas. La

batería de acumuladores del tipo descrito contiene una energía igual á dos kilowats-hora; el vehículo no pesa más que 160 kilogramos cuando está listo para la marcha.

»El motor pone directamente en acción el eje de las ruedas traseras por medio de engranajes; absorbe unos 550 wats, y la batería puede alimentar este motor durante un viaje de cuatro á cinco horas; la excitación está en derivación; el motor puede servir para la recarga de los acumuladores, en virtud del conocido principio de reversibilidad: basta aplicarle una manivela ó una rueda con una correa de transmisión. Hay un sistema de engranajes entre el eje motor y el de las ruedas, y por medio de él se puede, dando vuelta á una manivela, reducir la velocidad angular del motor de 1.000 vueltas por minuto á 100 ó á 30; por otra parte, merced á un reostato se puede hacer variar dicha velocidad angular de 1.000 á 300 vueltas por minuto. Es asimismo posible desarrollar la mayor potencia correspondiente á cada paso, ir á pequeña velocidad por las cuestas y á grande por las bajadas, etc.

»Para el desamarre y en las dificultades imprevistas del viaje, se recurre á una caja de impulso de reserva, caja que consiste en un sistema de resortes de tirantes de caucho, que se estiran dando vueltas á una ruedecita, aun durante te la marcha del vehículo. Cuando se necesita un impulso enérgico, la distensión se hace con el pie; los resortes se distienden y producen en el eje un impulso igual al doble de la fuerza misma del motor

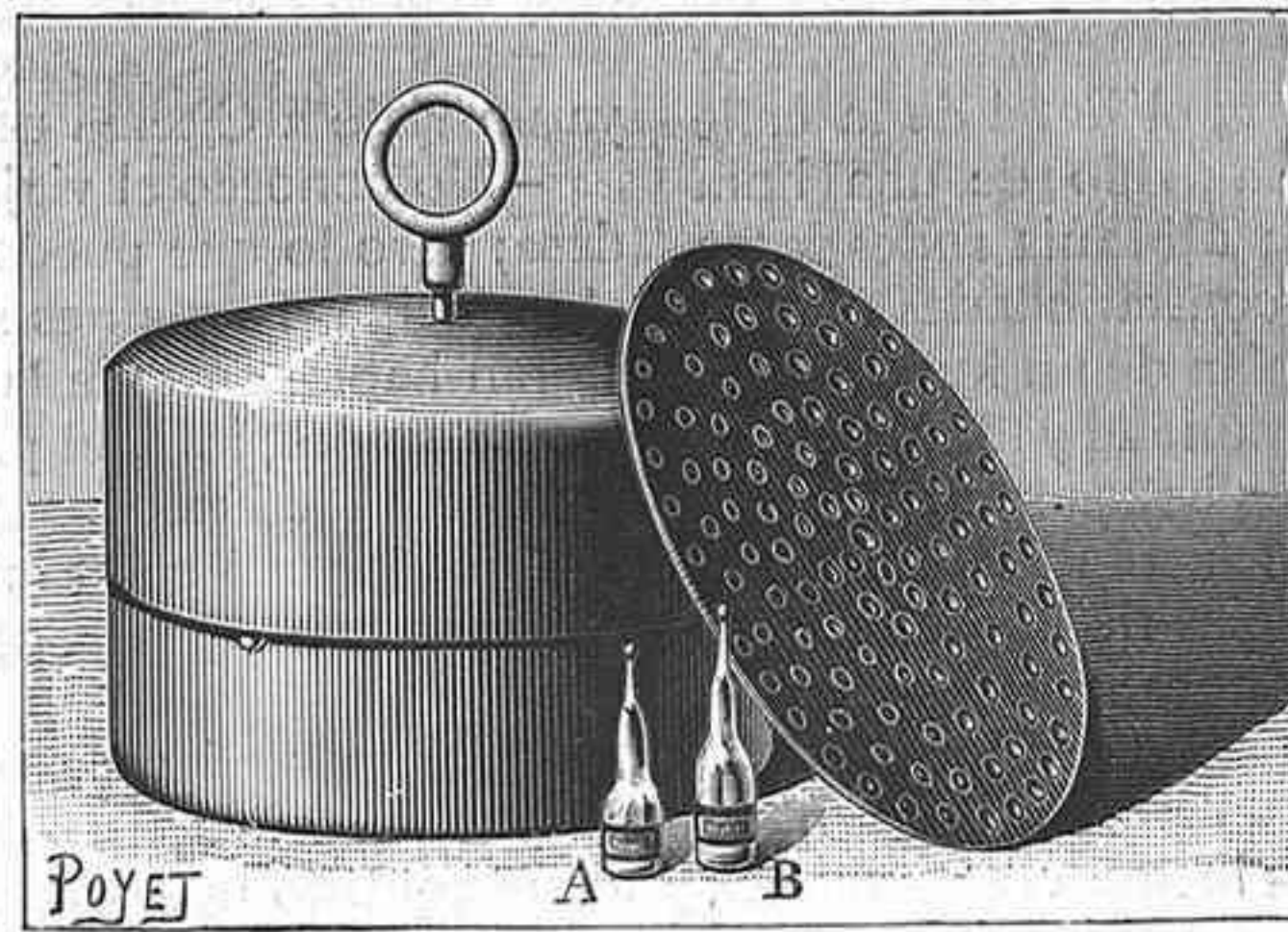


Fig. 1. Tubos esterilizados A, B, y recipiente de metal plateado

y suficiente para un trayecto de 50 metros por lo menos.

»La casa Carli, bajo la hábil dirección del señor Boggio, construye dos tipos de este carruaje: uno sencillo y económico, y otro más elegante y esmerado en los detalles. Este segundo tipo es el representado en nuestro grabado.»

Hemos tenido empeño en publicar esta nota para demostrar que el coche eléctrico, tal como le concebimos, no es una utopía. El carruaje eléctrico de Pouchain de Armentières y el de Carli reúnen ya la mayor parte de las condiciones necesarias para este género de explotación. No tardarán en resolverse las cuestiones de forma, gracias á la alianza del fabricante de carruajes con el del electricista. A pocos progresos que se hagan en los acumuladores, las estaciones centrales tendrán en la carga de los carruajes durante el día y una parte de la noche un importante trabajo que mejorará su rendimiento anual á la vez que sus condiciones actuales de explotación.

* *

APLICACIÓN DE LA ANTISEPSIA AL EMPLEO DEL MÉTODO HIPODÉRMICO

¿Quién no ha visto, ya que no empleado por sí mismo, la jeringuilla de morfina, cuya acerada punta, á costa de una leve picadura, depara casi inmediatamente á los enfermos el alivio, la calma y el sueño á la vez? En su estuche se podría inscribir á modo de divisa el verso del poeta: *Divinum est opus sedare dolorem.*

Pero tantas ventajas no dejan de tener algunos inconvenientes. Sin hablar del abuso que puede seguirse al uso largo tiempo prolongado, conviene saber que los gérmenes que por todas partes nos rodean, microbios y hongos, parásitos inferiores, pueden invadir las soluciones ó desarrollarse en la jeringuilla y las agujas, resultando de aquí eritemas, induraciones dolorosas, abscesos en los casos leves, y flemones, erisipelas y hasta infecciones purulentas en los graves. Para evitar estos percances, grandes ó pequeños, los señores Duflocq y Berlioz proponen agregar al empleo de tubos esterilizados el uso de una jeringuilla de esterilización inmediata.

Los tubos, que son de cristal amarillo con objeto de cortar la acción de la luz, contienen medio centímetro cúbico de líquido unos, y un centímetro cúbico otros. Tienen la forma de una botellita (A, B, figura 1). En la fig. 4 están representados de tamaño natural. Su gollete alargado se compone de dos partes: la primera va adelgazándose insensiblemente (c), la segunda (e), se adelgaza bruscamente. En el momento de hacer uso de ellos, la rotura se verifica forzosamente en el punto más frágil (a), y en la abertura que queda se introduce la aguja de la jeringa previamente esterilizada; se vuelca ó invierte el tubo sosteniendo la jeringa verticalmente, con la aguja y el fondo del tubo vueltos hacia arriba, y se aspira el líquido. Basta entonces expulsar el aire, y mirando la gradación del vástago, determinar la cantidad de líquido que se desea inyectar.

Para llenar los tubos se hace uso de un recipiente de metal plateado (fig. 1), en el cual se echa la solución exactamente dosificada, á la que sirve de vehículo el agua destilada absolutamente pura. Por encima se coloca un diafragma metálico en cuyos agujeros se introduce la parte adelgazada de cada tubo, y todas las puntas vueltas hacia abajo penetran en el líquido. Se cierra la tapadera, y llevado todo al autoclave, se deja en él veinte minutos á la temperatura de 120 grados. Después de enfriado, se coloca el aparato debajo de un fanal ó campana, que se pone en comunicación con una trompa. Cuando ésta fun-

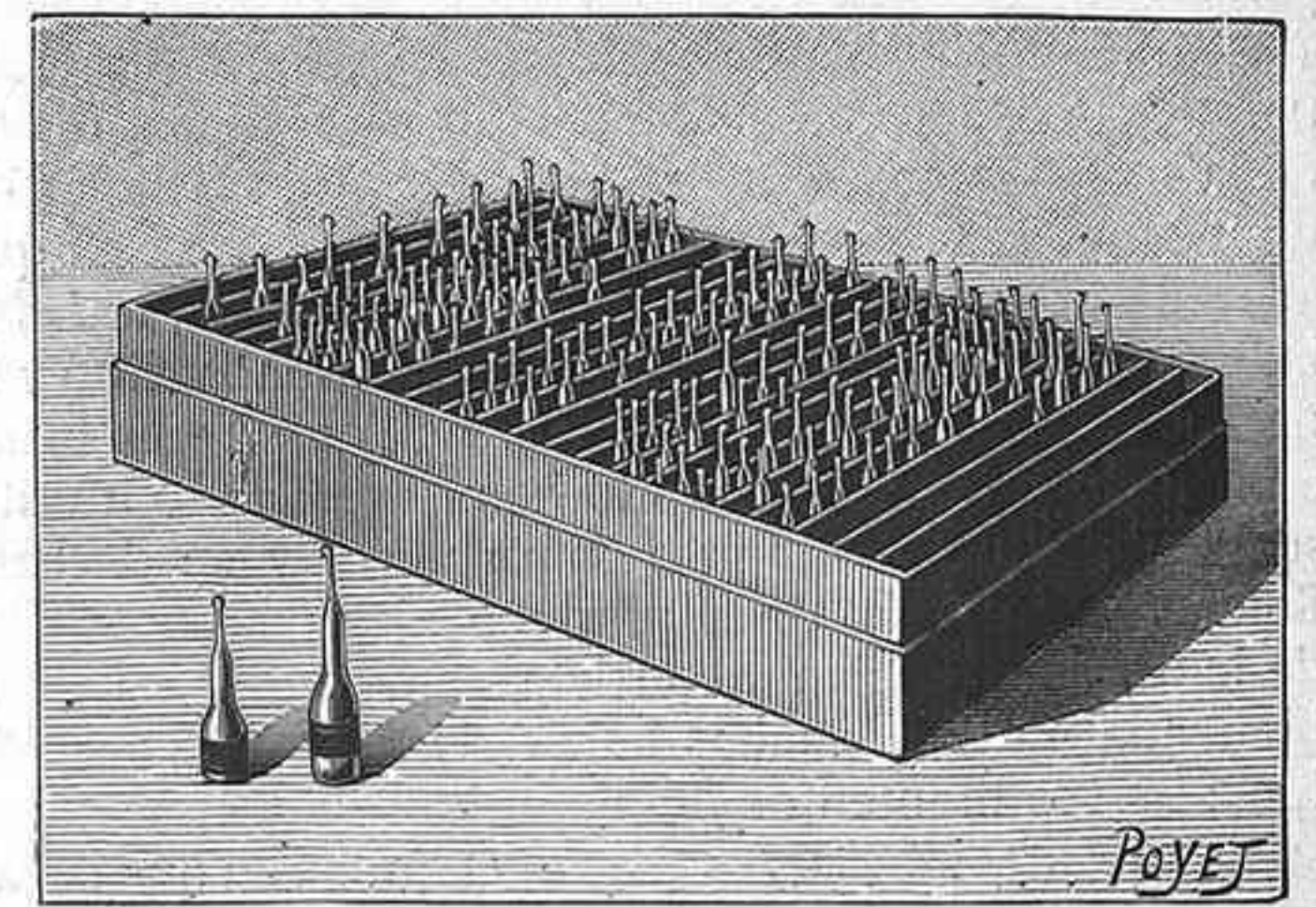


Fig. 2. Caja de cinc que contiene los tubos

ciona, se hace el vacío debajo de la campana y en los tubos, cuyo aire se escapa borbotando en el líquido. En seguida se deja entrar de nuevo el aire filtrándolo por una muñeca de algodón en rama esterilizado, y al actuar la presión atmosférica sobre la superficie del líquido, le obliga á remontar por los tubos. Entonces se cierran éstos á la lámpara uno por uno. Como queda suprimida toda manipulación, resulta que es imposible que en tales condiciones pueda contaminarse la solución.

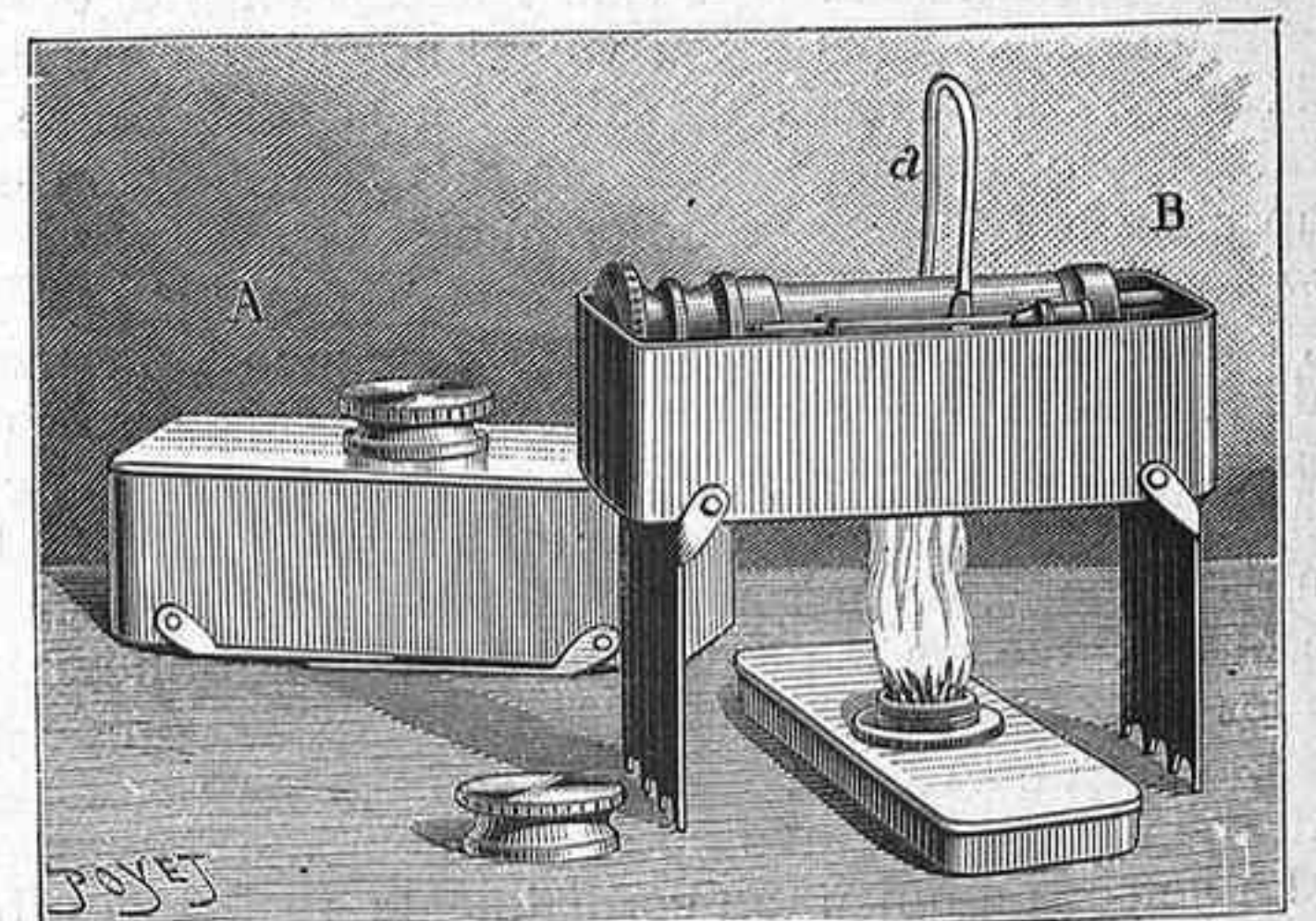


Fig. 3. Jeringuilla encerrada en la cubeta de esterilización. A. Aparato cerrado. - B. El mismo aparato montado

Así pues, estos tubos, perfectamente asépticos, serán de conservación indefinida, y del modo descrito se podrán preparar todas las soluciones usadas en hipodermia: la morfina, que hace desaparecer el dolor; la cafeína, que vigoriza el corazón desfallecido; la ergotina, que contiene las hemorragias; la cocaína, que insensibiliza localmente la piel y facilita las pequeñas operaciones quirúrgicas; el eter, que excita el sistema nervioso; la quinina, que disminuye la fiebre, etc.

El médico que lleve encima algunos de estos tubos puede atender en el acto á las eventualidades más apremiantes de su práctica. Los tubos se conservan en una caja de cinc, en la que caben muchos (figura 2).

La jeringuilla de esterilización inmediata, toda de metal niquelado, no excede del volumen de una jeringuilla ordinaria A (fig. 3); consta de dos partes: una, que forma tapadera, es una lámpara de alcohol; la otra es una cubeta provista de pies que se doblan bajo el fondo y que sobre un soporte especial contiene la jeringa y las agujas B (fig. 3). En pocos momentos, sin auxilio ajeno y sin necesitar otra cosa más que un gran vaso de agua filtrada, se puede efectuar la esterilización de la jeringa. En el instante de hacerlo se saca de la cubeta el soporte y la jeringa: se coge ésta, y para llenarla de agua, cosa indispensable, hay que subir el vástago del émbolo hasta su extremo superior, meter luego la jeringa entera en un vaso lleno de agua filtrada y empujar entonces el

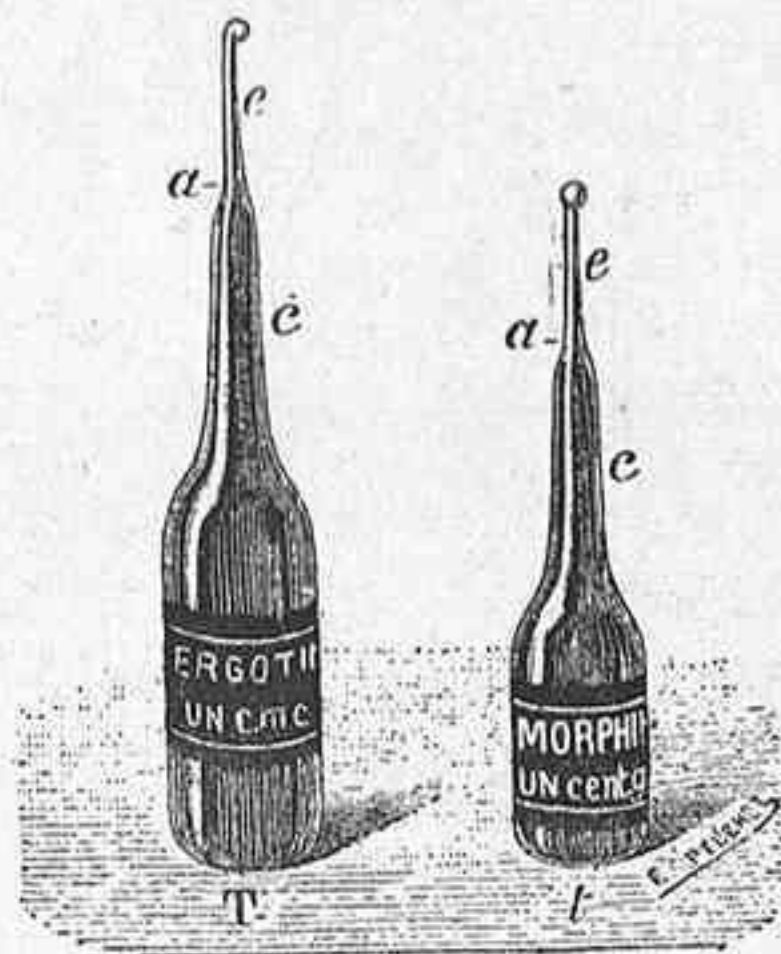


Fig. 4. Tubos esterilizados (tamaño natural)

vástago á fondo. En virtud de esta maniobra, el agua penetra en todo el cuerpo de bomba por encima del émbolo, filtrándose por arriba á cada lado del vástago.

go. Se saca éste unos cuantos milímetros para aspirar un poco de agua por debajo del émbolo, y la jeringa, así preparada, se pone en el soporte, y éste en la cubeta, que es bastante grande para dar cabida á la jeringa con el vástago ligeramente sacado. Se doblan los pies de la cubeta, en la cual se echa bastante agua filtrada para cubrir la jeringa y las agujas; entre los pies se pone la lamparita encendida (figura 3).

En tres minutos ocurre la ebullición, y basta mantenerla otros dos, y ya sólo resta retirar la jeringa, vaciarla del agua que contiene, y llenarla con un tubo esterilizado.

Por tanto, merced á este método, en el que todo es esterilizado, la jeringa, las agujas y la solución, el paciente podrá, sin recelo alguno, aceptar la picadura que alivia siempre, cura á menudo y á veces puede hacer milagros en casos desesperados.

DOCTOR Z.

(De La Nature)

LA SAGRADA BIBLIA

TRADUCIDA DE LA VULGATA LATINA AL ESPAÑOL
POR D. FÉLIX TORRES AMAT
dignidad de sacrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona,
obispo de Astorga, etc., etc.

revisada por el Rdo. Dr. D. José Ildefonso Gatell
cura párroco de la parroquia Mayor de Santa Ana de Barcelona
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

edición popular á 10 céntimos la entrega

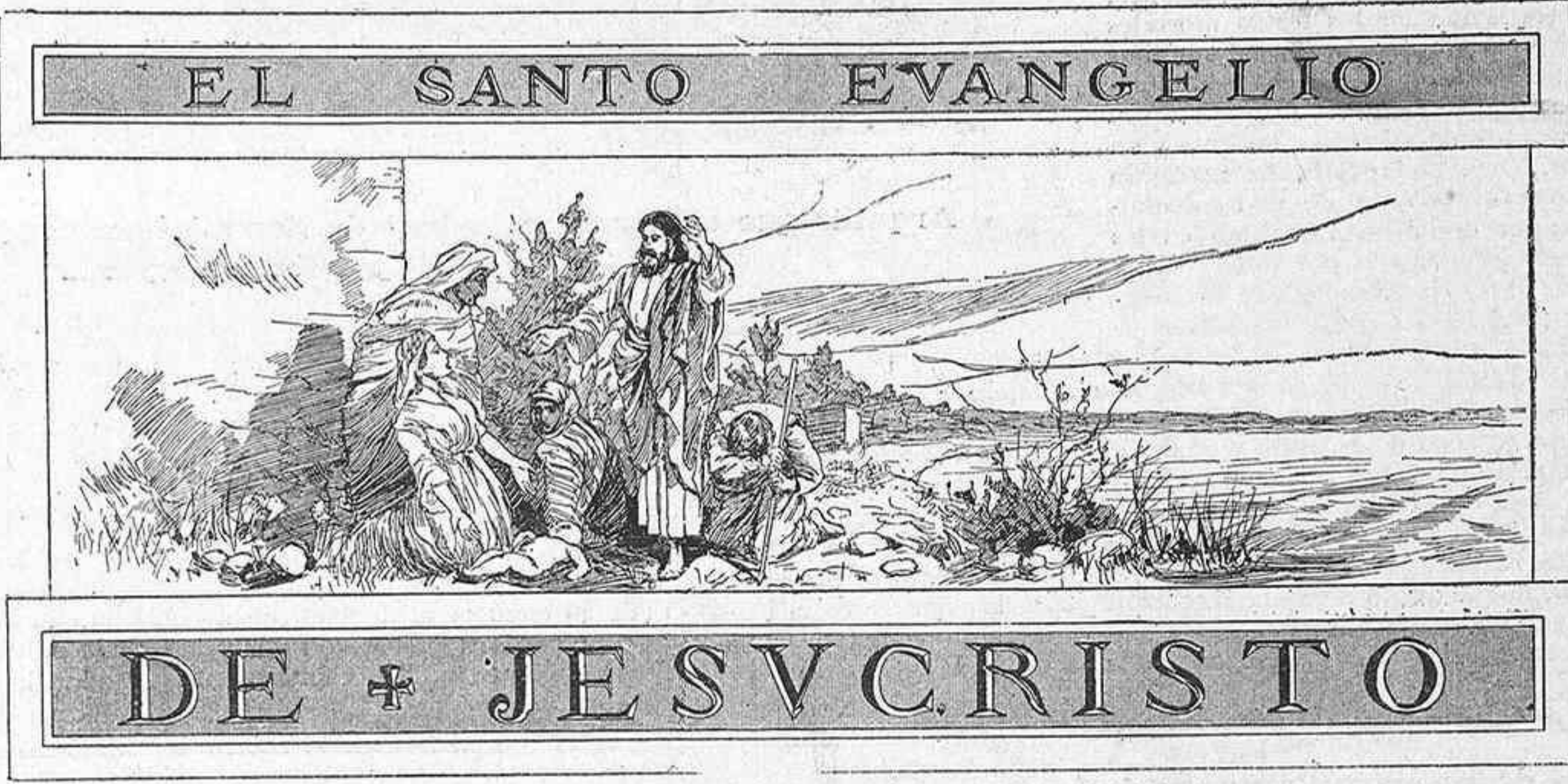
Ilustrada con más de MIL grabados intercalados en el texto, que reproducen fielmente los sitios á que se hace referencia en el sagrado texto, monumentos, antigüedades, plantas, animales, etc., sacado todo de fuentes auténticas, y con CUARENTA láminas sueltas, comprendiendo mapas, cromos y láminas en negro de indiscutible mérito.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

Nuestra edición popular de la SAGRADA BIBLIA forma tres tomos profusamente ilustrados.

El precio de cada entrega, de 16 columnas de texto, será el de 110 céntimos de peseta, repartiéndose GRATIS las referidas 40 láminas. La obra se repartirá en cuadernos de á DOS REALES. Esta edición contiene el texto latino.

Se vende también encuadernada con tapas de tela y dibujos alegóricos, lomo de piel, á 40 pesetas, pagadas á plazos mensuales.



PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para é mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
y conserva el cutis limpio y terso

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hipodpesias, Tosos nerviosas; Empleado con el mejor éxito Bronquitis, Asma, etc.

Gragas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empebramiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
NEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestion, curados ó prevenidos, (Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.
En todas las Farmacias de España.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 paginas
Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Esigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA IODURO de HIERRO y CÁSCARA
Dosadas á 0gr. 125 de Polvo. 0gr. 10 de Ioduro, 0gr. 03 de Cáscara.
Verdadero específico del ESTREÑIMIENTO El mas ACTIVO de los FERRUGINOSOS No produce estreñimiento.
PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers.—Muestras grátis á los Médicos.
Depósito en todas las principales Farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido á los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljas, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S⁻Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

LUIS KOSSUTH

En la página 234 insertamos tres retratos del célebre revolucionario húngaro en diferentes épocas de su agitada vida, juzgando ocioso añadir algunos datos biográficos del mismo, toda vez que nuestro eminente colaborador D. Emilio Castelar ha desempeñado esta misión en el artículo inserto en el número anterior tan cumplidamente como él sabe hacerlo cuando de estudiar grandes figuras de la historia se trata. Dichos retratos, que pueden dar perfecta idea de los rasgos característicos del hombre que en los comedios del presente siglo tuvo fija sobre sí la atención de Europa, así como de su viril energía, son el complemento de lo dicho por el Sr. Castelar. A lo expuesto por éste, debemos agregar que la noticia de su muerte ha dado lugar en la capital de Hungría á algunos desórdenes motivados por el disgusto del partido liberal avanzado, deseo de que se hicieran mayores demostraciones de luto público que las dispuestas por las autoridades. La traslación de los restos mortales del gran patriota y arrojado militar desde Turin, donde se había establecido y ha exhalado el último suspiro á la avanzada edad de noventa y un años, hasta Budapesth, ha revestido todos los caracteres de una solemnidad: por doquiera, lo mismo en las estaciones húngaras por donde debía pasar el fúnebre convoy que en la capital, negros crespones y bayetas enlutaban todos los edificios: en todas partes acudían al paso del tren, además de apiñada muchedumbre, delegaciones de las diferentes corporaciones y sociedades, deseosas de descubrirse ante el cadáver de Kossuth y de dar el pésame á sus hijos, y en Budapesth todos los hombres vestían de negro y con un crespon en el brazo y las señoras con velos negros en el rostro. Al llegar el tren á la estación de la capital, varios diputados y concejales recibieron el féretro y lo llevaron en hombros al *Museum*, donde quedó depositado, constituyendo la comitiva fúnebre una manifestación patriótica, en la que tomaron parte todos los elementos políticos avanzados de la capital y de las provin-



Arquilla que encierra un pedazo de tierra húngara y que fué regalada á Kossuth por los madgyares

cias, representadas por numerosas comisiones: más de 500.000 personas han concurrido á ella.

El acto ha sido grave y solemne y digno del héroe á quien se tributaba.

A pesar de sus noventa años, Kossuth ha disfrutado hasta pocos momentos antes de morir de la integridad de sus facultades. En Turin, donde se había establecido hacia largos años, todo el mundo conocía al anciano de aventajada estatura, de blanquísima y poblada barba, de rubicunda tez, de movimientos sueltos y brillante mirada. Constante madrugador, hacia al

levantarse un poco de gimnasia higiénica y después del desayuno se ponía á trabajar en su despacho. A pesar de su avanzada edad, no necesitaba usar anteojos, escribía con pulso firme, su letra era clarísima é igual y sus escritos salían de su pluma sin empuja ni tachadura alguna. Dotado de excelente memoria, su conversación era agradable é instructiva, y en ella jamás dejaba de dedicar un recuerdo á su querida patria, á Hungría, á cuya prosperidad dedicó su vida entera, ya en los campos de batalla, ya en su gabinete. No era uno de tantos viejos que no salen de su tiempo; no era, como suele decirse, un fósil; antes bien, avanzaba con su siglo, admitía gran parte de las ideas modernas; de suerte que conversando con él, el interlocutor llegaba á olvidar que estaba hablando con un no-nagenario.

El amor á la patria rayaba en él en superstición, como lo pudieron atestiguar los cien aldeanos de Czeged, que sin haber puesto aún los pies en Budapesth, fueron á Turin para llevar al desterrado «un poco de aire de la patria,» y otras muchas comisiones húngaras que en diferentes épocas se han trasladado á la misma ciudad, presentándole algunas, como el mejor obsequio, urnas ó cajas conteniendo tierra de la patria, las cuales conservaba Kossuth religiosamente y de las que es una muestra la que representa el grabado de esta página.

Los mismos austriacos — que juzgan en medio del Océano eslavo que por todas partes asedia las tierras de la corona de San Esteban — respetaban el destierro de Kossuth, y aun se cuenta que el emperador Francisco José, viendo un día en Budapesth un gran retrato del insigne patriota, se descubrió, y después de contemplarlo largo rato, no pudo menos de exclamar:

— ¡Lástima no tener por consejero un hombre como ese!

Esta frase, en boca del monarca austriaco, es la mejor apología del grande hombre húngaro que consagró su larga vida y sus grandes energías á la mayor ventura de su patria.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, Paris. — Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1873 1876 1878 1889

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS

DISPEPSIAS

GASTRITIS - GASTRALCIAS

DIGESTION LENTAS Y PENOSAS

FALTA DE APETITO

Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT

VINO de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos *Alivia y Cura* CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.

ASMA

25 años de éxito. Med. Oro y Plata. J. FERRÉ y Cia, P^o 102, R. Richelieu, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETEAN, Farmaceutico en PARIS

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

JARABE ANTIFLOGÍSTICO de BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las

PILDORAS de DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Pildoras y Jarabe BLANCARD

Con Ioduro de Hierro inalterable.

ANEMIA

COLORES PÁLIDOS

RAQUITISMOS

ESCRÓFULOS

TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exigirse la Firma y el Sello de Garantia. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD**

Comprimidos de Exalgina

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS

DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN